

UNA PRINCESA DE SIRIO

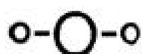
CLARK CARRADOS

COLECCIÓN
E S P A C I O

Una Princesa de Sirio

por

Clark Carrados



EDICIONES TORAY, S. A.
Teodoro Llorente, 13
BARCELONA

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. PERALTA. – Pasaje Nuria, 8 – BARCELONA



CAPÍTULO PRIMERO

A niña salió al encuentro de la Princesa Iridya y le ofreció un hermoso ramo de flores, atado con una monumental cinta negra, roja y plata, los colores de la Federación Siriana. La Princesa Iridya, muy bella y sonriente, se inclinó, besó a la niña y tuvo unas breves palabras de elogio para ella. Todo esto motivó los más entusiastas aplausos de la distinguida concurrencia que llenaba a rebosar el recinto, en tanto que las cámaras de los fotógrafos y las de cinematógrafos y TV se despachaban a su gusto.

La Princesa Iridya se volvió y saludó, casi frente a la cámara, sonriendo con aquella sonrisa suya, tan peculiar, y que la había hecho tan popular como la más popular de nuestras estrellas de cine tridimensional. Vestía un soberbio traje blanco, recamado en oro y piedras preciosas, cuya confección hacía olvidar los materiales con que había sido confeccionado, que ya es decir, y su frente estaba ceñida por la más valiosa diadema que jamás vieran ojos humanos.

Cuando empezó a hablar, pareció como si una fascinadora música de desconocidos tonos brotara de sus labios.

Pero, súbitamente, el discurso se cortó y la Princesa Iridya desapareció… de ante mis ojos, porque un pesado mamotreto, impactando con terrible fuerza en el centro de mi espalda, dio conmigo en el suelo. Una mano airada cortó la retransmisión y el estéreo cegó y enmudeció a la vez.

Mascullé algo muy feo, al mismo tiempo que, incorporándome, procuraba contenerme y no devolverle el libraco que me había arrojado al suelo. Me encaré con Kathy.

Kathy es una chica muy bonita y muy amiga mía, compañera de juegos de la infancia, y con pretensiones de llegar a ser mi esposa, pretensiones que forzoso es reconocerlo, había alentado yo no poco, aunque procurando diferir el momento de llevarlas a cabo. A fin de cuentas, todo el mundo se queja del matrimonio, pero todo el mundo — hablando en términos generales se entiende, naturalmente — acaba casándose. Sin embargo, todo el mundo también, sobre todo en lo que a la parte masculina se refiere, procura dilatar cuanto puede el venturoso acontecimiento, y yo no hacía más que seguir el ejemplo que me habían dado millones de antecesores míos en idénticas circunstancias a las que yo me hallaba en los actuales momentos.

La chica se me plantó en jarras, delante de mí, con sus bellos *ojos* convertidos en sendas brasas.

—De modo, Chick Dugan — dijo, irritadísima —, que eso era lo que te impedía venir conmigo a pasear, ¿eh?

—Oh, Kathy — imploré—, déjame *que* te explique…

—*No tienes* que explicarme nada, *¡bandido! ¡Mala sangre, Don Juan! ¡Que los cuervos te coman los ojos…!* — cuando Kathy se enfadaba y empezada a insultar lo hacía en español, porque así, decía, se desahogaba antes; pero yo empecé a temer que su furia no

tendría fin nunca. De modo que, volviéndole la espalda, me dirigí a la pared y pronuncié unas palabras.

—¡«Whisky» con soda!

Al momento se deslizó un panel y una bandeja salió proyectada medio metro hacia adelante con las bebidas requeridas. Añadí:

—¡Cigarrillos! —y uno encendido revoloteó por los aires hasta posarse entre mis labios entreabiertos.

Cogí los vasos y alargué uno a la muchacha.

—Toma y calla — dije—. Cualquiera diría que tenía a la princesa aquí.

Kathy tomó el vaso y alargó la mano, quitándome el pitillo, cuyo humo aspiró nerviosamente.

—A juzgar por la forma con que la mirabas, cualquiera diría que estaba aquí, Chick.

—Bueno, ¿y qué? ¿Es que tengo el estéreo para adorno? La princesa es una chica muy bonita y…

—¡Basta ya, musulmán! ¡Jamás te supuse tan desvergonzado!

—Oh, Kathy, pero, ¿es que no voy a poder decir la verdad? ¿Acaso me vas a negar que Iridya es una mujer hermosísima?

—¿Hermosísima? Quítale esa tonelada de piedras que lleva encima y verás en qué queda su hermosura.

—Me gustaría que te ofrecieran a ti sus joyas. ¿Qué harías entonces, Kathy?

—Pues… pues…

Sonreí satisfecho.

—¿Lo ves, tonta?

—No hablábamos ahora de eso, Chick, sino de tu frescura.

— ¡Diablos! A este paso no voy a poder mirar a una mujer cuando vaya por la calle.

—No cuando estés conmigo.

—¿Y ahora, lo estaba?

—Casi lo mismo, Chick. Embobado con la estúpida de la Princesa Iridya se te había pasado la hora—Kathy señaló furiosísima el reloj y luego añadió—: Hace casi tres meses que no coinciden nuestros días libres y para una vez que sucede eso ¡vas y te olvidas de mí! Y todo… todo por una.!.

—Bueno, bueno —me acerqué a ella, para tratar de consolarla —, no es para tomárselo tan a pecho; a fin de cuentas, nuestro día

libre ha coincidido en sábado, y mañana domingo…

—Los días de fiesta no cuentan para «Barrabás», si te necesita, ya lo sabes — dijo, todavía irritada, Kathy, y antes de que pudiera replicarla, tres o cuatro campanadas, suaves, armónicas, sonaron en la estancia.

—Aguarda un momento — dije—. Veamos quién es el pelma que…

Di media vuelta al interruptor del visófono y al momento apareció en la pantalla un rostro harto conocido.

—¡Vaya! En hablando del rey de Roma…

—¡Chick! —gruñó «Barrabás», con una voz que hizo vibrar profundamente el cristal de la fonoplaca—. ¿Qué estás haciendo ahora?

—Pues mire, jefe; el tiempo es estupendo y como es mi día de descanso…

—¡Descanso suspendido! Quiero verte en persona antes de diez minutos.

Me estremecí. Cuando el jefe le llama a uno, y sobre todo, con tanta urgencia, lo más seguro es que pocos minutos o pocos días más tarde, ande uno enzarzado en un jaleo de esos que hacen salir canas y arrugas en menos que tarda el minutero en dar la vuelta completa a la esfera.

—¡Hombre, no! —exclamé—. ¿Es que he hecho algo malo para castigarme de esa forma?

—Déjate de sandeces. Ya has perdido treinta segundos de los diez minutos que te di. A propósito, detrás de ti veo un pedazo de esa presumida de Kathy — a mis espaldas sonó un apagado gemido — Que se venga también.

La chica me empujó a un lado con fuerza.

—Escuche, «Barrabás», si se cree…

—Yo no creo nada, Kathy; me he limitado a dar una orden.

—¿Es que estamos todavía en les tiempos de los señores feudales, jefe? — chilló Kathy.

—Conmigo, sí, por supuesto. Y ya no tengo ganas de hablar más. Os quedan ocho minutos y cuarenta segundos para dejaros ver de otra forma que no sea a través de la fonoplaca. Un minuto de retraso será suficiente para que uno de mis hombres rompa sus zapatos en el final de vuestra espalda.

Aquello era anunciar, lisa y llanamente, una despedida.

Algo amoscado, dije:

—Estoy seguro de que si el servicio necesitara de los hígados de su esposa, usted mismo se los sacaría. Tentado estoy de enviarlo al diablo y…

—¿Y qué harías sin las diversiones que te proporciono, Chick? — se mofó de mí el jefe. Terminó, cortando—: Ocho minutos y doce segundos.

Cathy y yo nos miramos, consternados.

—¡Maldito «Barrabás»…!—estalló la chica, y luego, furiosísima, me largó un rocíón—: Si no hubiera sido por ti y la estúpida de la Princesa Iridya, a estas horas nos hallaríamos…

La cogí del brazo sin hacer caso de sus protestas:

—Camino del despacho de la fiera, Kathy. Has olvidado que tienes incrustado, debajo de la apófisis mastoidea, un receptor con determinada longitud de onda, conocida solamente por el jefe, y éste te hubiera sacado con un grito de debajo de la tierra. ¡Vamos!

Tardamos un poco más, por supuesto, pero el jefe no nos dijo nada acerca de nuestro retraso. Estaba paseándose, muy nervioso, por su despacho, una sala capaz de permitir la celebración de unos Juegos Olímpicos, con un monumental ventanal de vidrio, que dominaba por completo la ciudad proporcionando a la vista un panorama incomparable. En un ángulo de la estancia, había en funcionamiento, un televisor gigante, cuya pantalla mediría muy bien metro y medio.

Al vemos entrar arrojó el cigarrillo que fumaba y nos soltó un seco:

—¡Venid aquí!

Le seguimos hasta el televisor, y nos sentamos a su lado. En la pantalla se veía una reunión de tipo político, pero allí no había solamente hombres. También se veían otros seres, cuyo cerebro, si bien era inteligente y humano por completo, el aspecto desdecía por completo de la impresión que uno obtenía al oírlos hablar. Diciéndolo en pocas palabras, más parecían pulpos pensantes que otra cosa, y su verdegrisáceo color, francamente, repelía.

Durante unos minutos permanecimos en silencio. Al cabo, sin poderme contener más, reventé:

—¿Y para esto—dije, conteniendo difícilmente mi rabia—, nos

hizo usted venir a toda prisa?

Los fríos ojos de «Barrabás», semiocultos por las espesas cejas, ya de color gris, que formaban una sola línea en su frente, me miraron.

—¿Sabes lo que es eso, Chick?

—Sí, claro; la Conferencia de Tierra y Arturo…

—Muy bien, pues. Celebro tu inteligencia, Chick.

—Por algo estoy a sus órdenes, jefe — dije, no sin ironía. —La vi empezar esta mañana, pero en seguida se me hizo muy aburrido. No veo qué interés pueda tener para nosotros una conferencia de tipo político, como no sea el de la vigilancia de sus componentes. Y para ello ya designó usted al personal necesario, ¿no?

—Por supuesto, Chick, pero, ¿te has enterado siquiera del temario de la conferencia?

—Como no me iba ni me venía nada, no; aunque uno, desde luego, lee los periódicos y escucha los noticiarios televisados…

—Esto que ves ahora, Chick, y tú también, Kathy, no es ningún noticiario televisado — dijo «Barrabás», muy serio.

—¡Cuernos! ¿Acaso quiere decir que nos ha sugerido las imágenes y que sólo las vemos en nuestro cerebro? La verdad, jefe, no le suponía con tan buenas dotes de hipnotizador.

—No hay hipnosis que valga. Esta conferencia no es televisada públicamente, sino para cuatro o cinco personas, yo una de ellas.

—¿Qué diablos pasa, pues? ¿Por qué no se explica de una vez? — farfullé, impaciente.

—Lo que se discute en la presente sesión es secreto, Chick. Secreto y de vital importancia para nosotros.

—¡Ca… ramba! No suponía que la cosa fuera tan grave. ¿Y bien…?

—Los plenipotenciarios del Reino de Arturo han venido a, para decirlo de una vez, pedir derechos de paso por nuestras astronaves. La cantidad que exigen por tales derechos, como podéis comprender, es muy elevada, y ello significaría el fin de nuestro comercio interestelar, sobre todo ahora que se está desarrollando.

—Siempre ha de haber algún monomaniaco que estropee las cosas cuando van mejor que nunca — refunfuñé, y el jefe me dio la razón. Luego agregué—: Se les manda a paseo y ya está.

—Sí; es fácil de decir pero no de hacer. No puedes arruinar, con dos palabras, a toda una industria que acaba de invertir sumas

fabulosas en su desenvolvimiento.

—Pero si el peaje que han de pagar vale más que los aparatos, entonces igual la arruinaríamos.

—¿Y… y no hay otra solución? En cualquier otro tiempo, esto habría significado la guerra, jefe.

«Barrabás» sonrió débilmente.

—Sí, Chick; pero no podemos lanzamos a una guerra alegremente. De sobra sabes que nuestras armas son notoriamente inferiores a las de los arturianos. Destruirían la Tierra antes de que pudiéramos siquiera abrir la boca.

—Podíamos aguardarlos en el espacio…

«Barrabás» meneó lentamente la cabeza.

—No. Olvidas una cosa, Chick. Apenas hace diez años, estábamos terminando la última etapa de los viajes espaciales: llegar a los confines del Sistema Solar. Es decir, que solamente hacíamos viajes interplanetarios. Entonces fue cuando empezaron a aparecer naves de la Confederación de Sirio, las cuales van y vienen por nuestra Galaxia a su antojo, y sus hombres nos enseñaron los fundamentos de la navegación estelar. Nos enseñaron, además, decenas y decenas de planetas habitados, ansiosos de un intercambio de todas clases, intercambio que, justo es reconocer, se ha llevado en efecto con toda equidad; es más, yo diría que con beneficios para nosotros, los terrícolas.

—¿Y qué más? —dije, pues aquello era cosa archisabida.

—Luego aparecieron los arturianos. La verdad, cuando entablamos relación con los de Sirio, vimos seres idénticos en un todo a nosotros y seres de morfología aterradora, pero con inteligencia sobrehumana. Sin embargo, los arturianos, les ganan y con mucho. Frankenstein a su lado sería una reina de belleza, en masculino, por supuesto. Y en cuanto a sus sentimientos, no se hable más; demasiado los conocéis. Feroces, egoístas, rapaces, avariciosos, mentirosos. les adornan todos los defectos que queráis y más aún.

—¿Y ahora piden que ese derecho de paso que, lógicamente, hemos de pagar a los sirianos, puesto que éstos fueron los que nos enseñaron la navegación superior espacial, se los paguemos a ellos?

—Sí — suspiró «Barrabás», ofreciéndonos cigarrillos.

—¿Y qué ocurriría si nos negásemos?

—No quiero ni pensarlo— se estremeció el jefe—. Pero es que, además, el conflicto es doble.

—¿Doble? ¿Por qué?

—¿Has visto en los noticiarios a la Princesa Iridya?

—Sí, claro —y entonces el codo de la silenciosa Kathy se me clavó en un costado, dejándome sin respiración.

—Pues bien — continuó «Barrabás»—; la Princesa Iridya ha venido presidiendo una Comisión de la Confederación…

—Sí; están desarrollando la política de la Buena Vecindad.

—Oficialmente. Pero lo que hay debajo de todas las fiestas y agasajos que se les están dando a los sirianos, es que se han enterado de las pretensiones arturianas y, en cuatro palabras, nos han dicho que, si accedemos a las pretensiones de éstos, nos declararán la guerra. *¡Madre de Dios!* —clamó «Barrabás» lúgubremente— Si podrían destruirnos con sólo hacer así…—y chasqueó los dedos de su mano.

—Bueno — dije—; pues nos aliamos con los sirianos y…

—No; la Confederación de Sirio no quiere la guerra con el Reino de Arturo, porque sabe que, aun venciendo, cosa muy aleatoria, sus pérdidas serían tan gravísimas que más bien se convertirían en una derrota.

—O sea, que nos dejan a nosotros con el paquete, ¿eh?

—Sí. Nos obligan a decir no a los arturianos, pero no mueven un dedo para ayudarnos.

Me fijé de pronto en el rostro de mi jefe y abrí los ojos desmesuradamente. ¡Estaba a punto de echarse a llorar!

—Pero nuestras desventuras no acaban tampoco ahí, Chick, Kathy. Saben que la Princesa Iridya está en la Tierra y… y…

Hubo un momento de silencio. Al fin, exploté:

—¿Qué, jefe? No nos tenga así, sobre ascuas.

—La han raptado, Chick.

Salté en mi asiento.

—¡Eso no es posible! — aullé—. Pero, si yo mismo la he visto por la pantalla… ¿Es que se ha creído…?

CAPÍTULO II

A Princesa y su séquito se alojaban en el Hotel de la Galaxia, ocupando nada menos que cinco de sus pisos. En el de en medio tenía ella sus habitaciones y a él nos dirigimos Kathy y yo, todavía sin un plan, bien después teníamos que puntualizar algún confuso punto de vista.

Después de anunciarnos, salió a recibirnos Azhir, el primo de la Princesa y jefe de la Guardia Imperial de la Confederación. Azhir era un buen mozo y Kathy abrió la boca estúpidamente apenas le vio, quedándose hipnotizada. Tuve que sacudirla para que saliera de su embobamiento.

En casa, Azhir vestía sencillamente. Una camisa, cerrada de cuello, manga corta, sin ningún emblema demostrativo de su alta categoría, sólo en nobleza inferior a la de su prima, y unos «shorts», amén de unas livianas sandalias, constituían toda su indumentaria.

Nos ofreció asientos y, conocedor de nuestras costumbres, ordenó nos sirvieran unos combinados. Después, cuando nos quedamos solos, empezó el jaleo.

—Me han advertido que son ustedes los dos agentes destinados a buscar a la Princesa — dijo Azhir.

—Así es… — y vacilé, pues no sabía qué tratamiento darle. Azhir sonrió, comprendiendo.

—Llámeme general, simplemente — dijo.

—Gracias, señor… digo, general. Bien, creo que es un poco difícil eso de buscar a su Alteza, pero…

—No lo creo tanto, señor Dugan. De momento, puedo anticiparle que no ha salido de su planeta.

—Ah, ya, no ha salido de la Tierra — y lo había dicho el tipo como si se tratara de aquella habitación. Fingí interés, no obstante, en lugar de echar a correr que habría sido lo más lógico —. La encontraremos, la encontraremos, no cabe duda. Y… ¿y puedo preguntarle cómo lo sabe, general?

Azhir me miró con benevolencia.

—No se ha movido ninguna de las naves arturianas del sitio que ocupan desde su llegada a la Tierra. Los comandantes de nuestras espacionaves ejercen una vigilancia especial sobre ellas y de haber habido el menor movimiento, yo lo habría sabido al instante.

—Bueno, y ahora supongamos que su Alteza esté a bordo de una de esas naves arturianas, ¿cómo nos arreglamos para rescatarla?

—Ustedes averígüenlo. El resto corre de nuestra cuenta.

Pero ustedes también podrían poner a algunos de sus hombres tras las huellas de su Alteza—objeté.

—Tenemos el sosias que nos ha proporcionado su departamento y hemos de seguir manteniendo la ficción, señor Dugan. Por otra parte, no podemos declararlo abiertamente; sin pruebas, sería un «casus belli» para los arturianos el acusarlos del rapto, ¿emprende? Ellos saben que nosotros sabemos que tienen a su Alteza en su poder, pero nos tienen atados de pies y manos al no poder demostrárselo. Su planeta señor Dugan, no goza de muy buena fama en cuestión de raptos y secuestros. ¿Quién nos dice (contestarían los arturianos) que su Alteza no ha sido secuestrada por una banda de forajidos terrícolas, con el fin de obtener un rescate, que en este caso, lógicamente, sería fabuloso?

Me deshinché.

—Tiene razón, general.

Azhir se puso en pie, dando por terminada la entrevista.

—Bien, señores, creo que ya les he dicho todo cuanto sabía. Ahora, el resto es suyo. Si averiguan algo, no dejen de comunicármelo; mi ayudante tiene orden de pasarme sus mensajes inmediatamente.

Salimos como dos gallinas mojadas de la estancia.

—¿Te has fijado? — comenté —. «Averígüenlo ustedes… Eso es cuenta suya…» Pero, ¿qué se habrá creído ese tipo cargado de títulos que se inventan ellos? Oye, oye, Kathy, que te estoy hablando, ¿me oyes?

—Un sueño — dijo ella sin mirarme, pisando entre nubes.

—¿Un sueño? Es realidad —dije, furioso—. No hay pesadillas que valgan…

—Azhir no es una pesadilla — dijo Kathy, con los ojos perdidos en el limbo—; es el sueño más sueño que me eché a la cara desde que uso tacones altos.

Aquello me irritó.

—¡Vamos! De modo que yo no puedo mirar a una chica guapa y tú, en cuanto te echas a la cara un fulano cargado de títulos más o menos rimbombantes, ya estás perdida por él, ¿eh?

—Es un amorcito, Chick. Tan alto, tan varonil…

—Tan… ¡un demonio para él y toda su estirpe! ¡Vamos, estúpida! —grité, cogiéndola del brazo y zambulléndola en el ascensor.

Nuestra siguiente visita fue a la presidencia de la delegación arturiana. Con harto dolor, por nuestra parte, y repugnancia en lo que a mí se refería.

He visto seres de otros mundos, con morfología distinta a la nuestra, y algunos me han sido simpáticos, otros indiferentes y algunos repulsivos. Pero no había comparación posible con los arturianos.

Nos hicieron esperar bastante. Al fin, una de aquellas cosas salió andando, por una de las puertas.

Andando no es la expresión precisa. Deslizándose está mejor dicho.

Los individuos de la raza dominante en Arturo parecen pulpos que puedan vivir fuera del agua. Cuatro tentáculos, terminados en sendas ventosas, sobresalían de su cabeza, en tanto que otros dos les servían de piernas. El cuerpo era fusiforme, de un color gris verdoso verdaderamente repelente, y de su piel, dura y elástica al mismo tiempo, exudaba constantemente una sustancia, cuyo nauseabundo olor neutralizaban ellos con perfumes terrícolas usados con prodigalidad. En el centro de la cabeza tenían tres ojos, glaucos, sin pupilas, de un horror sin nombre, cuya sola visión estremecía, y un poco más abajo. Otro orificio servía para las funciones de alimentación y respiración en el sentido que nosotros las entendemos.

El tipo alargó uno de sus tentáculos, en un saludo conforme a

nuestros usos, y tanto Kathy como yo no pudimos evitar un estremecimiento al sentir el ardiente contacto de aquel ondulante miembro. Con voz chirriante, pero con una excelente pronunciación del inglés, el arturiano nos ofreció asiento y luego nos preguntó por el objeto de nuestra visita.

Miré a Kathy y pensé que lo mejor sería lanzarse de cabeza.

—Mire, señor—dije, pero el monstruo me interrumpió.

—No soy varón, sino hembra…, esto es considerando sus terrestres diferencias de sexos, señor Dugan — respondió el bicho. —Y me llamo Xirrhus.

Tragué saliva.

—Está bien, señora… Xirrhus. Pues nosotros…

—Sí, ya lo sé; vienen a verme para un asunto relacionado con la desaparición de la princesa Iridya.

Abrí desmesuradamente los ojos.

—¿Có… cómo lo sabe usted, señora Xirrhus?

—Sus defensas mentales son muy débiles, señor Dugan. Yo diría mejor que no existen. Son ustedes una raza muy inferior y sólo así se entiende el retraso tan enorme que tienen, que tenían mejor dicho, respecto de nosotros en la navegación interestelar, sin mencionar otras ramas del saber científico y que…

—Sí — corté rápidamente—; mejor será no mencionarlo. Somos, en efecto, muy atrasados, pero no tan tontos que no sepamos…

—Diga mejor que no sospechen que somos nosotros los raptores de la Princesa Iridya, ¿verdad?

El monstruo hizo una mueca que para mí equivalió a una sonrisa de suficiencia y continuó —: Pues bien, no hemos sido nosotros. No hemos sido nosotros, pero ello no obsta para que sus estúpidas suspicacias nos hayan dado una excelente idea…, para ser utilizada el día en que queramos crearles dificultades en sus relaciones diplomáticas y comerciales con la Confederación.

El bicho se puso en pie y yo comprendí que el duelo se daba por despedido.

—He tenido mucho placer en conocerlos — dijo, y se deslizó hacia la misma puerta por la cual habla entrado. Kathy y yo nos miramos. La chica sonrió.

—¿Te curó la señora Xirrhus de tus aficiones donjuanescas, Chick?

—No me hables de ella, por el amor de Dios

Temblé, echando a andar.

Pero no habíamos llegado al vestíbulo del Hotel Plutón, que era donde se alojaba la delegación arturiana, cuando sentí el vibrador de mi transmisor individual, ése que llevo constantemente debajo de la oreja.

—No grite tanto — refunfuñé de labios para adentro—. Le oigo perfectamente sin necesidad de chillidos.

El jefe parecía excitado.

—Chick, deja todo y vete a… —me dio una dirección, que grabé en mi cerebro.

—¿Qué pasa?

—La princesa Iridya ha aparecido.

—¡Rayos, no!

—Sí. ¿Sabes lo que había pasado? La muy tonta se aburrió de tanto protocolo y decidió divertirse un poco como una terrícola cualquiera. Sufrió un accidente con el mono-rueda que se había comprado y la tienen detenida por exceso de velocidad, carencia de documentación y… y…

—Embriaguez, ¿verdad?

—Algo por el estilo. Vete allí y sácala de las garras de esos esbirros que no quieren atender a razones. Paga la multa, lo que sea; el departamento resarcirá de los gastos, pero no te vengas sin ella o te cortaré las orejas.

—Luego entonces lo del rapto, una filfa, ¿eh? —sarcástico, sabiendo que con ello mortificaba a «Barrabás». Percibí un bufido de cólera que me atronó el cerebro.

—No te vengues ahora, Chick. Id por ella y traérosla, aunque para ello os sea preciso arrasar el puesto de policía. ¿Me has entendido?

—Sí. Cualquier día de éstos haré que me quiten este maldito transmisor o que le corten a usted la lengua. ¡Hasta la vista!

También Kathy había oído perfectamente la conversación por lo que, una vez hubimos terminado, se agarró de mi mano y echamos a correr.

No nos importó atravesar el colosal vestíbulo del hotel a toda velocidad. Pero cuando ya estábamos llegando a la puerta, al saltar los escalones, Kathy gritó, al mismo tiempo que se derrumbaba,

rodando aparatosamente.

Inmediatamente empezó a gemir.

—¡Mi tobillo, mi tobillo! —decía, asiéndose con ambas manos la parte lesionada.

La dejé en el hotel, suficientemente atendida. Yo no podía perder ya mas, tiempo y alquilé un taxi que me llevó en un tiempo record al lugar donde se encontraba la Princesa.

El jefe del puesto de Policía se mostró menos reacio a entregármela de lo que yo había pensado, únicamente se quedó un poco pensativo y dudando de su integridad mental cuando yo le juré que aquélla era la auténtica Princesa y no la que había estado viendo por la pantalla. No acababa de entenderlo, ni yo me mostré muy dispuesto a aclarárselo.

Desde luego, la Princesa era infinitamente más bella al natural que vista a través de un televisor. Cuando nos quedamos solos en el monorrueda, que por cierto sólo había sufrido leves desperfectos que apenas afectaban a su marcha, me miró, sonriendo de una manera que me paró el corazón por unos segundos.

—Bien, señor Dugan — dijo—; de modo que aquí acaban mis vacaciones, ¿verdad?

Tenía la voz suavísima, llena de dulces entonaciones y si alguna vez hubo una voz de ángel, ha sido la suya. Contesté, todo lo respetuosamente que pude.

—Así parece, Alteza — dije.

Ella hizo un mohín de desencanto —¡Qué lástima! Con lo que me había divertido.

—No lo dudo Alteza, pero con los debidos respetos, me permitiré decirle que su conducta no ha sido todo lo… lo…

Sus grandes ojos negros, rasgados, insondables, me miraron de un modo que me derritió las entrañas.

—Acábelo de una vez, señor Dugan.

—No puedo, Alteza; sería excederme en mi misión.

—Se lo ordeno.

—Quizá luego me insulte.

—Escúcheme, señor Dugan. A pesar de que me gusta que me digan siempre la verdad, en muy contadas ocasiones lo hacen. Si ahora estuviera mi primo Azhir delante, me diría que eso no está bien, que debo pensar en cuanto represento, que soy la heredera del

trono y qué sé yo cuántas zarandajas más.

—Lo mismo pienso yo, Alteza.

—Pero ninguno me hubiera dicho lo que usted, señor Dugan.

—Yo no le he dicho nada todavía, Alteza.

—Lo iba a decir y ya es suficiente. Iba a decir que mi conducta no ha sido correcta, sino más bien estúpida. ¿Cierto?

Asentí de mala gana. Ella prosiguió.

—¿No conoce usted el medio en que se desarrolla mi vida, señor Dugan?

—Sólo de oídas. Bueno, también de vistas. Documentales y cosas por el estilo, ¿comprende?

—Sí; pero eso es sólo lo que ve el público, señor Dugan. Aquí, en su planeta, en algunos de los estados que forman su Unión, quedan todavía algunas testas coronadas. Estos reyes tienen unas limitaciones… las cuales no se pueden comparar con las que yo padezco. Están sujetos a un protocolo, cierto, pero al mismo tiempo, con el paso de los tiempos, se han sabido adaptar a las nuevas costumbres y gozan de una libertad como no la gozaron ninguno de sus antepasados… ni la gozaré yo jamás, señor Dugan.

Empecé a comprender a la muchacha a través de sus tristes palabras.

—Bien, pero yo… —dije.

— No me entenderá jamás, señor Dugan. Venir a un planeta extraño, donde hay unas diversiones tan extraordinarias… y no poder disfrutar de ello… por tener que seguir siendo la heredera del Trono de los Sesenta y Dos Planetas de la Federación de Sirio; no poder dejar a un lado el protocolo ni por un instante; verse vigilada, asediada y hostigada por todo el mundo y a cada instante; ponerme continuamente pesadas y embarazosas ropas de ceremonia… Oh, señor Dugan, compréndalo; era demasiado y me escapé.

—¡Se escapó!

—Así, como suena. Ya sabía que tarde o temprano acabarían por encontrarme y mi felicidad se desvanecería, pero, ¡han sido tan hermosas las horas que pasé siendo Jane Smith!

—¡Atiza! — exclamé, sin poder contenerme —. ¡Jane Smith!

Su Alteza sonrió, mirándome.

—Si —dijo—; ese es el nombre que escogí para deambular por ahí. Lástima que no llevara documentación; de lo contrario, a estas

horas, todavía me hallaría libre.

—Y nosotros con unos hermosos dolores de cabeza Alteza —dije, gruñón.

—Lo siento, señor Dugan. Pero, ¿no puede ponerse por unos momentos en mi sitio y, así, entenderme?

Suspiré:

—Sí, Alteza — repuse—; la entiendo perfectamente; pero quisiera que usted me entendiera a mí también. Ahora mi deber es devolverla al Hotel de La Galaxia sana y salva. De lo contrario, alguien me rebanará, las orejas.

El hermoso rostro de la Princesa expresó la más viva consternación.

—¿Eh? ¿Cómo ha dicho? ¿Quién le va a cortar las orejas?

Me eché a reír:

Oh, Alteza; fue solamente una imagen metafórica

Ella suspiró, aliviada:

—¡Uf! Por un momento lo creí de veras, señor Dugan. Creí que, por mi culpa, lo iban a someter a un castigo tan bárbaro. Lo hubiera lamentado durante toda mi vida.

—¿Por qué? ¿Qué podían importarle a Vuestra Alteza las orejas de un miserable agente de…? ¡Diablos! ¿Me estoy volviendo tonto? Alteza, os ruego deis media vuelta y os dirijáis inmediatamente a Centrópolis.

Absorto en la contemplación de tan peregrina belleza, no me había dado cuenta, hasta que ella lo mencionó de soslayo, de que íbamos en dirección contraria. Claro es que a ello habían contribuido los espesos árboles y la vegetación que rodeaban la carretera de tercer orden por donde rodábamos, apenas frecuentada por mí, y los que ocultaban por completo toda la visión del horizonte, aparte de que, ya oculto el sol en el Oeste, la visibilidad se habla reducido notablemente. La Princesa paró el mono-rueda y se volvió a medias en el asiento, mirándome.

—Señor Dugan — dijo con firmes acentos—, estoy hastiada del papel que me veo obligada a representar de continuo. Puedo cubrirlo de oro de pies a cabeza si me permite dos días, nada más que dos días, de vacaciones. Naturalmente, usted habría de venir conmigo; no intento evadirme de usted; pero, ¡apenas habíaempezado a disfrutar y… y… se acabó tan pronto!

Vi que los hermosos ojos de la Princesa estaban a punto de convertirse en agua y tentado estuve de acceder a sus demandas, no por la recompensa en sí, sino per ella misma, pues harto compadecía la vida que se veía obligada a llevar, mas, afortunadamente, el recuerdo de mi profesión logró contenerme a tiempo.

—No quiere complacerme, ¿verdad?

Moví la cabeza significativamente:

—No es de mi incumbencia, Alteza, créame. Yo…

Me interrumpí súbitamente porque, en aquel preciso instante, una raya de fuego apareció en el cielo, dirigiéndose en derechura hacia nosotros. Durante unos momentos permanecimos ambos como estupefactos, pero un agudo grito de la Princesa me hizo ver claramente la verdaden un segundo.

—¡Es una nave arturiana, señor Dugan!

CAPÍTULO III

OMO había dicho acertadamente «Barrabás», diez años antes, nosotros apenas si sabíamos otra cosa que la navegación interplanetaria. La repentina aparición, dentro de los límites de nuestro sistema, de una nave de la Federación Siriana, cuyo astrogador había errado ligerísimamente sus cálculos de navegación, hizo posible, para los terrestres, la iniciación de las relaciones con otras razas de nuestra Galaxia, relaciones que no solamente se limitaron a las amistosas sino también a las de tipo comercial.

Por otra parte, los sirianos, con sus naves que rompían los viejos moldes del espacio-tiempo, desplazándose por los hiperespacios de manera aún tenida como mágica, nos hicieron ver muchas cosas que para nosotros hubieran permanecido quizá decenas de siglos ocultas en el mayor de los misterios. Todavía resultaba increíble, para un terrícola, el recorrer años y más años en un segundo, merced alas transiciones que las naves hacían en el espacio, transiciones que sólo eran factibles merced a un profundo conocimiento de las matemáticas y de la física y que, en realidad, como ya he dicho, rompían todas nuestras concepciones del tiempo y del espacio. Naturalmente, pues, la civilización terráqueaavanzó prodigiosamente en esos dos lustros, y el viajar a Proción, a Sirio, a Arturo, a la constelación del Centauro, incluso a las viejas constelaciones de ambas Osas, sueños seculares de nuestra humanidad, se hizo posible y tan corriente como en los años precedentes había sido el viajar a la Luna, a Venus o a Marte.

Esto trajo otras muchas ventajas. La de la emigración del

atestado planeta Tierra no fue la menor de ellas, y millones y millones de personas viajaron a otros mundos habitables, con objeto de hallar en ellos condiciones que ya no podían encontrar en el nuestro. De la cuestión comercial no quiero hablar; es demasiado sabido. Sin embargo, también trajo sus desventajas.

Por ejemplo, el conocimiento del científico salvajismo de los arturianos.

Los arturianos habían ignorado nuestra existencia hasta que los de Sirio se lo dieron a entender. Inmediatamente habían tratado de sojuzgarnos, pero solamente la relativa protección de los sirianos, agradecidos por el excelente trato dispensado a los primeros tripulantes de la nave que cayó en nuestro sistema, les había impedido arremeter contra nosotros con todo el ímpetu de toda su furia llena de cientifismo. No obstante, ese agradecimiento se había disipado bastante en los últimos tiempos y los arturianos, conscientes del detalle, intrigaban que era un gusto. Y prueba de ello era su delegación, enviada pura y simplemente para extorsionamos.

El grito de su Alteza tuvo la virtud de, instantáneamente, alertar todos mis sentidos y recordando el cuerpo al que pertenecía, disponerme a obrar como tal. Salte fuera del mono-rueda, desenfundando mi pistola neurónica, al mismo tiempo que gritaba:

—¡Volveos a Centrópolis, Alteza!

Casi apenas divisada la nave arturiana, ya había tomado tierra, matando el rojizo fulgor de sus escapes. Una escotilla se abrió y un montón de pulpos salió de ella, encaminándose hacia nosotros.

Inmediatamente que los vi, un lancinante dolor de cabeza me acometió, derribándome exhausto por el suelo. Pero, casi tan rápido como había aparecido, el dolor, desapareció, volviendo las energías a mi cuerpo. La pistola se afirmó en mi mano.

Uno de los arturianos me intimó algo en su chirriante lengua.

—¡No entiendo lo que dices, bestia de zoo! ¡Lárgate si no quieres que te haga pedazos el sistema nervioso!

La pistola neurónica no mata si no se utilizan sus rayos en toda su intensidad y durante largo tiempo. Solamente inutiliza a quien los recibe, paralizándole los nervios de una manera harto dolorosa. Pero… la verdad sea dicha, yo no sabía qué efecto podrían causar los rayos neurónicos en las gruesas pieles de los arturianos.

A pesar de su rara conformación física avanzaron rápidamente hacia mí. Yo di un par de pasos hacia adelante.

—¡Quietos! —les intimé—. ¡Quietos o disparo!

Sus chirridos continuaron. Venían desnudos hacia mí, con lo cual me afirmé en mi opinión de que no querían matarnos, sino simplemente apresarnos. Volví la cabeza y entonces me quedé helado de terror.

¡No solamente no se había ido la Princesa sino que, desobedeciendo mis indicaciones, se había apeado del mono-rueda, pareciendo muy interesada en la lucha que se iba a desarrollar!

—¡Por el amor de Dios! —sollocé ¡Váyase, Alteza, váyase!

Se puso a mi lado de un par de saltos.

—¡Jamás, señor Dugan! Jamás consentiré en abandonarle solo a la codicia y ferocidad de esas bestias. Yo también tengo una pistola neurónica y sé hacer uso de ella — de pronto abandonó el inglés y empezó a hablar en arturiano. Los pulpos se detuvieron, momentáneamente desconcertados, hablando excitadamente entre sí.

—Esta es la nuestra, Alteza. Larguémonos antes de que…

Pero ella meneó la cabeza.

—Imposible. Nos alcanzarían en seguida. No nos queda otro remedio que luchar.

La miré de reojo, viendo sus pupilas brillantes, el seno jadeante, dispuesta a pelear, sin el menor síntoma de miedo en sus hermosas facciones… Ello me infundió un gran valor. Y buena falta me hacía.

Rehechos, los arturianos comenzaron el avance, pero ahora tratando de rodearnos.

—Es evidente — dije, siseando — que tratan de aprovecharse de que hemos creído en un rapto de Vuestra Alteza y tratan de hacerlo efectivo.

—Si les dejamos, Chick repuso ella, y hasta largo tiempo más tarde no me di cuenta de que la Princesa había suprimido el tratamiento. Levantó la mano y liberó una descarga de rayos neurónicos.

El brutal trallazo alcanzó de lleno a uno de los arturianos. Ni yo mismo habría sospechado lo que iba a ocurrir, por lo cual, durante unos segundos, me quedé como idiotizado, sin saber qué hacer.

El arturiano se volvió repentinamente de un color intenso, como

si el interior de su cuerpo se hubiera convertido en una pura brasa. Una nauseabunda pestilencia se expandió por el aire cuando el bicho, desintegrándose, se convirtió en un montoncito de humeantes cenizas.

Sus compañeros, asombrados, refrenaron unos instantes la marcha. Pero ni Iridya ni yo desaprovechamos la ocasión. Empezamos a usar con prodigalidad las pistolas, haciendo desaparecer, uno tras otro, a todos los arturianos, transformados en repugnantes volutas de humo y cenizas. Sin embargo, nuestro triunfo fue mucho más efímero de lo que habíamos pensado.

La nave enemiga, posada como una colosal tortuga semiesférica en el suelo, se levantó, aparentemente sin esfuerzo, y empezó a volar muy lentamente hacía nosotros. Me sentí aterrado.

—¡Huyamos, Alteza!

—No; nos alcanzarán antes de cien metros.

—Pero…

Disparamos frenéticamente nuestras pistolas. Pero, ¿qué daño podían hacer los rayos neurónicos, aptos únicamente para destrozar sistemas nerviosos, aun cuando fuera con las horribles consecuencias que acabábamos de ver, contra una durísima superficie metálica, imperforable aun por un impacto directo de tipo nuclear?

La nave se nos echó encima y entonces la escotilla volvió a abrirse. Tuvimos tiempo de soltar dos disparos y convertir en ceniza a dos arturianos, pero una masa de ellos, hedionda, húmeda y viscosa, se nos echó encima, sofocándonos con el ímpetu de su superioridad numérica.

Pero si se creían que, por habernos desarmado, yo me iba a estar quieto, se equivocaban de medio a medio.

Un tentáculo vino silbando hasta mi cuello enroscándose en él. Mi mano dio un brusco tirón, más instintivo que otra cosa y, ante mi asombro, el miembro quedó desgajado limpiamente, como seccionado por una afiladísima cuchilla. El arturiano se separó, arrojando grumos viscosos de su sangre verde por la herida y profiriendo horribles chirridos inarticulados.

Animado por el resultado, me dediqué al bonito deporte de tirar de los tentáculos. Durante unos momentos, las serpientes que eran los brazos y las piernas de los arturianos, volaron por los aires,

manchándonos con sus repugnantes secreciones y llenando el ambiente con su repulsivo olor, pero al fin la fuerza del número consiguió dominarme. De mi sé decir que un tentáculo voló hacia mi cuello y alargué la mano para asirlo; pero aquello no había sido másque unafinta. Su dueño, variando bruscamente la dirección del miembro, me golpeó duramente con él y un montón de estrellas apareció ante mis ojos, desvaneciéndose cuando perdí el conocimiento.

Lo recobré horas más tarde, y lo primero que vi fue el bello rostro de la Princesa, inclinado ansiosamente sobre mí.

—¿Se encuentra bien, Chick? — dijo con una nota de inquietad en su dulce voz.

—Sí… ¡Oooh, mi mandíbula…! ¿Qué tío más bestia! ¡Vaya una manera de pegar!

Los ojos de la Princesa expresaron claramente la admiración que sentía por mí.

—Y usted, ¡vaya manera de luchar! No recuerdo a ningún hombre haber peleado como lo hizo usted, Chick.

—Gracias, Alteza — repuse, sonrojándome —; pero era mi obligación… ¡Oh! —exclamé de pronto y ella se alarmó.

—¿Qué le ocurre, Chick?

Traté de sentarme en la litera en que me hallaba acostado, al mismo tiempo que paseaba mi vista por la habitación en que estábamos. Un amplio ventanal circular me enseñó inmediatamente las frías estrellas y un helado escalofrió recorrió todo mi cuerpo.

—¡No! ¡No puede ser! —balbucí, aterrado.

Iridya sonrió tristemente.

—Sí lo es, Chick. Nos hallamos en el espacio sidéreo.

La miré, desvariando.

—Luego… los arturianos… consiguieron sus propósitos… Raptaron a… Vuestra Alteza.

Una débil sonrisa apareció en los rojos labios de la Princesa.

—Así es, Chick— repuso.

No sé cómo encontré fuerzas para ponerme de pie en el suelo. La astronave arturiana tenía media gravedad, artificial, por supuesto, y gracias a ello, no flotábamos de un lado a otro del camarote, aunque sí nuestros movimientos eran mucho más fáciles y sencillos, sin necesidad de emplear tanta fuerza. Mis noventa kilos de peso,

por ejemplo, se habían reducido a cuarenta y cinco, aunque mis fuerzas físicas, lógicamente, no hablan disminuido un ápice.

—¡Estamos en el espacio! —repetí.

—Exacto, Chick. Nos llevan a Arturo.

Me volví, exaltadísimo.

Pero… ¿por qué? ¿Qué objeto tiene el raptar a Vuestra Alteza ahora?

—Precisamente porque ustedes le dieron la idea, Chick.

—¡Es absurdo! Hay en la tierra un doble de Vuestra Alteza…

—¡Pero la princesa soy yo! — dijo orgullosamente Iridya, en un tono que no admitía lugar a réplicas y que denotaba, efectivamente, su estirpe—. Y eso es lo que ellos desean.

Me rasqué la cabeza.

—La verdad, no lo entiendo, Alteza. Sólo sé que si la Confederación y el Reino de Arturo se enzarzasen en una guerra, el vencedor iba a padecer tanto o más que el vencido.

—Es probable. Pero los arturianos cuentan con que mi padre lo piense mucho antes de declarar la guerra. Me matarían a mí en el momento en que tal cosa sucediera,

—Luego entonces, ¿para qué quieren a Vuestra Alteza?

Los bellos ojos de Iridya se fruncieron debajo del perfecto doble arco de sus cejas.

—Hay un Principado, el de Isshar, dependiente del Rey de Arturo. El Príncipe, Kneb, es muy poderoso, casi tanto como el Rey Mbesh, y éste le teme. Kneb siempre ha querido casarse conmigo, para así consolidar su posición, tanto en Arturo como en Sirio. Pero yo, y mi padre, por supuesto, nos hemos negado siempre. Estoy segura de que Mbesh me ha hecho raptar para complacer a Kneb y tenerlo a su lado.

—Pero si os casáis con Kneb, éste se pondría de parte de vuestro padre, Alteza.

—No, porque yo iría a él obligada, no de buen grado, ¿me entiende, Chick?

Vinieron a mi mente las palabras de la señora Xirrhus. «No hemos sido nosotros… pero ello no obsta para que sus estúpidas suspicacias nos hayan dado una formidable idea…»

—¡Maldición! —exclamé, sin poderme contener.

Iridya me miró, extrañada.

—¿Qué le ocurre ahora, Chick?

—Nada, excepto que soy el ser más desgraciado de toda la Galaxia. ¡Mira que ocurrirme a mí estas cosas…!

La observación pareció desagradarla.

—No me irá a decir que mi compañía no le gusta, ¿verdad, Chick?

Procure reparar el patinazo.

—¿Eh? Oh, no, Alteza. Solamente quería decir que el rapto de vuestra Alteza tenía que haber sucedido estando yo encargado de vuestra custodia.

—¿Lo dice por lo de las orejas, Chick? — sonrió ella.

La miré fijamente:

—No, Alteza; mis orejas ya no tienen importancia alguna. Ni mi vida tampoco. Sois vos la que me preocupáis.

—¿Por qué?

—Vuestra Alteza ha olvidado que soy el encargado de vuestra vigilancia.

Ella adelantó la barbilla.

—En la Tierra, pero no aquí, Chick. Aquí usted no manda. ¿O acaso ha olvidado su condición de prisionero?

—Lo siento—dije con firmeza—. Cuando me encargan una misión la llevo hasta el fin… o… pierdo la vida.

—¿Le han matado muchas veces, Chick? —dijo ella con ironía.

—Ninguna, Alteza. Sólo me matarán, y esa vez será aquella en que fracase. Lo cual — añadí, —, muy bien pudiera ocurrir ahora.

—De modo — musitó Iridya, pensativa —, que usted ha de devolverme a la Tierra sana y salva…

—O a los brazos de su padre, Alteza; eso es indiferente. Pero el resultado sí es el mismo.

—Si lo consigue, claro está.

—Lo lograré, Alteza, o…

—O perderá la vida, ya lo ha dicho, Chick. Pero, ¿qué piensa hacer, pobre terrícola, contra unos arturianos cuyos medios son infinitamente superioresa los suyos? ¿Sabe que de no ser por mí, ya estaría muerto?

Palidecí, pero procuré mantener mi dignidad. —Me lo supongo. Aquella manera de cortar brazos…

Iridya movió la cabeza de izquierda a derecha. —No, Chick, no.

Fue antes, cuando los arturianos desembarcaron de su nave. ¿No se sintió usted arrojado repentinamente al suelo?

—¡Diablos, sí! Y cuidado que me dolió la cabeza. Fue sólo un segundo, pero creí que me iba a estallar.

—Deme las gracias, Chick. De no haberle yo, momentáneamente, proporcionado defensas mentales para sus dardos cerebrales, a estas horas sería un fiambre… Oh, perdón — se sonrojó la Princesa—. Quise decir…

Alcé la mano, estremeciéndome.

—No siga, por favor, Alteza. Ya me extrañaba a mi…

En aquel momento, de algún altavoz oculto en los mamparos, brotaron unos chirridos articulados. Cuando el arturiano terminó de hablar, miré a la Princesa.

—¿Qué ha dicho el calamar?

Procuró contener la risa.

—Estamos en las inmediaciones del Centauro, Van a intentar la transición a su mundo y nos ordenan agarrarnos a cualquier saliente. Van a desgravitar la nave, o sea, van a quitarle la media gravitación que tiene para la maniobra. Lo hicimos así y de pronto nos notamos sin peso alguno.

Habríamos flotado, sin duda alguna, de no habernos cogido a unas asas situadas al lado del ojo de buey, junto al cual nos hallábamos.

No pude por menos que admirar, de reojo, la perfecta pureza de líneas, tanto del rostro como del cuerpo, de Iridya. «¡Dichoso el hombre que tenga a suerte de ser su esposo!», pensé, y en aquel momento, las estrellas se arremolinaron.

Pareció, durante unos segundos, como si hubiera ocurrido un silencioso cataclismo cósmico. Los millones de puntos de luz que ornaban el firmamento vagaron velocísimamente de un lado para otro, formando cúmulos estelares de imposible belleza o dispersándose de tal forma que sólo dejaban, en su lugar, la más insondable de las negruras. El ciclón estelar duró, como he dicho, unos cuantos segundos, al cabo de los cuales, sentí volver de nuevo el peso a mi cuerpo.

—¡Bueno! — dije satisfecho, olvidado momentáneamente de todo—. ¡Ya está!

—Ya está, no, Chick — contestó de pronto, sorprendentemente,

Su Alteza. No me miraba a mí, miraba a las estrellas.

—¿Que no…? ¿Qué ocurre ahora?

Los bellos labios de Iridya se fruncieron en un mohín de disgusto.

—Ocurre que —me replicó—, el astrogador de esta nave es, con palabras terrícolas, un solemnísimo zoquete. No solamente no ha hecho aparecer la nave en el sitio que le correspondía, es decir, en las inmediaciones de Arturo, para terminar el viaje a velocidad planetaria, sino que, además, nos ha llevado a Orión.

Antes de que pudiera recobrarme de la fenomenal impresión que las palabras de Iridya me hacían producido, los timbres de alarma de la nave estallaron de un modo que no dejaba lugar a dudas. La princesa gritó:

—*¡Zafarrancho de combate!*

CAPÍTULO IV

IJO *¡Zafarrancho de combate!*

No era este grito el que me preocupaba, con toda la gravedad que su significado encerraba, no; había algo más que me preocupaba.

Era que estábamos en las inmediaciones de Orión, nada más ni n meno que uno 120 parsecs[1] del Sistema Solar, en lugar de encontrarnos, como habíamos esperado, en las Inmediaciones de Arturo, a solamente unos nueve años luz de nuestro planeta.

¿Qué era lo que había causado tamaña, según nosotros, catástrofe?

Pocas horas antes, pues aún no habían pasado veinticuatro, yo estaba en la Tierra, tan tranquilo, esperando pasar un agradable fin de semana en compañía de Kathy, y héteme aquí que, de repente, sin comerlo ni beberlo, me hallaba. a bordo de una nave arturiana, a una tremenda distancia de mi mundo. Ni siquiera la compañía de la bella Princesa, servía, por el momento, para calmar el desaliento que se había apoderado de mi ánimo.

Francamente, como he dicho, diez años antes, nosotros, los terrestres, sólo sabíamos viajar en naves de tipo interplanetario, a velocidades que, aun siendo colosales, eran, sin embargo, lentísimas en comparación con las que nos habían enseñado nuestros vecinos galácticos. Que por medio de unas manipulaciones, de altas matemáticas, por supuesto, se pudieran recorrer cientos y cientos de años luz en un segando, utilizando abstrusas fórmulas y energías desconocidas, y aprovechando las extrañas leyes del espacio-tiempo, era algo que no acababa de metérseme en la cabeza, por más que lo

intentaba.

Pero dejé aquello de lado. Había otras cosas más importantes de qué ocuparme, por ejemplo, el zafarrancho de combate. Esto solo ocurre cuando una nave ataca o es atacada.

—¿Quién diablos pueden ser? — inquirí, mirando a la Princesa. Iridya se mordió sus rojos labios.

—Orionitas — dijo, agregando —: con toda seguridad. No podrían ser otros en estos parajes de la Galaxia.

—Pues sí que estamos apañados… ¿Y no podríamos largarnos de aquí?

—Ello — repuso la Princesa — es cosa que compete únicamente al comandante de la nave, Chick

—¿Sí? — gruñí, y sin más me lancé hacia la puerta, que golpeé fuertemente con mis puños, en tanto que giraba desesperadamente. La princesa se me acercó.

—Es inútil cuanto haga o diga, Chick; no le harán caso. En estos momentos están muy ocupados.

—¡Pero es que yo no tengo ganas de perder mi pellejo…!

Los megáfonos comenzaron a chirriar.

—¿Qué dicen? — pregunté.

—Están ordenando — contestó ella, al cabo de unos momentos, traduciéndome los sonidos del idioma arturiano—, que se dispongan los disruptores de vacío y los deflectores antimeteoríticos.

—¡Dios mío! ¿De dónde se ha sacado usted esas palabras, Alteza? ¡Quétrastos tan complicados deben ser…!

Un súbito bandazo de la nave nos arrojó a los dos al rincón opuesto. No nos causamos, afortunadamente, ningún daño, pero el hecho nos indicó que la danza había comenzado ya.

El golpe nos había devuelto junto a la lucerna de observación. No pudiendo, pues, hacer otra cosa, miramos.

En los primeros momentos no vimos nada. Luego, algo jamás contemplado por ojos humanos surgió ante nuestra vista.

Teníamos frente a nosotros el espacio lleno de luminarias, las que, por el momento, parecían inmóviles. Ello me dijo que si nos movíamos en el vacío debía ser a velocidades planetarias. Pero, de pronto, toda una zona estrellada del cielo desapareció ante nuestros ojos.

—¡Cuernos! — farfullé, olvidándome del respeto debido a la augusta persona que tenía al lado—: ¿Qué diablos es eso?

—El disruptor de vacío— continuó su Alteza, tranquilamente, y de pronto, gritó—: ¡Mire, Chick, mire!

No sé de qué condenada arma podía ser aquel disruptor, que podía borrar las estrellas a su antojo.

A mí me dio la sensación de ser un rayo, pero de negrura, no de luz; con una negrura total, absoluta, como si se comiera literalmente el espacio

Súbitamente, a una distancia que no puedo calcular, varios chispazos de fabuloso tamaño aparecieron durante unos segundos, apareciendo y desapareciendo rapidísimamente. No es necesario ser un lince para averiguar que aquel disruptor habla hecho blanco en varias naves orionitas.

Pero, de pronto, vi unas rayas luminosas, de incandescente blancura, que se dirigían en línea recta hacia nosotros. Iridya gritó;

— ¡Los ojos, Chick, los ojos! ¡Cúbralos con las manos!

Obré por puro instinto, haciendo lo que ella me decía. Sin embargo, el resplandor de las explosiones fue tan potente que atravesó fácilmente la carne de mis brazos. La nave se estremeció horriblemente y a través de los altavoces nos llegaron unos chirridos en los cuales creí advertir notas dolorosas. Las explosiones se sucedieron, zarandeando a la nave como si fuera un palillo de dientes Por la lucerna entraban, en brutales ramalazos, sus rayos luminosos, maltratándonos las retinas dolorosamente, puesto que, debido a los bruscos movimientos de la nave, Iridya y yo habíamos salido despedidos.

En uno de los momentos, alargando mi brazo izquierdo, pude rodearla por el talle, en tanto que mi mano derecha se asía a uno de los barrotes de las literas. Las explosiones continuaban.

¡Nos van a hacer picadillo! —comenté, a voz en cuello, como si se oyeran feroces estampidos, cuando en realidad todas las explosiones, por ocurrir en el vacío, eran absolutamente silenciosas, únicamente las trepidaciones de la nave, sus crujidos, las órdenes de los oficiales, eran los sonidos que nuestros tímpanos percibían.

—Aún tardarán un poco en conseguirlo — contestó Iridya.

—¿Cómo lo sabe Vuestra Alteza?

Están disparando potentes cargas contra la protección de los

deflectores, Chick. Ello obliga al comandante de la nave a hacer un fabuloso gasto de energía, lo que, de paso, le impide rectificar el error de su navegante, llevándonos a otro sitio por medio de una transición espacial, hasta que llegue el momento en que los deflectores desaparezcan.

—¿Y… y entonces…?

Iridya, aún sujeta por mi brazo, pues de vez en cuando la nave coleaba de lo lindo, se encogió de hombros. —Puede suponérselo, Chick— dijo sencillamente.

—¿Y los disruptores?

—También requieren mucha energía, Chick. Y lo más probable es que los orionitas hayan conseguido neutralizar sus efectos… ¡Cuidado!

La nave dio una voltereta entera, al mismo tiempo que sus estructuras crujían lamentablemente. Rechiné los dientes de rabia.

—Pensar que estamos aquí, encerrados como ratas… — y de repente me interrumpí.

El último estremecimiento de la espacionave acababa de romper la cerradura de la puerta que nos retenía cautivos. No vacilé un momento.

—¡Esta es la nuestra, Alteza! —grité, cogiéndola de la mano y echando a correr a grandes saltos, facilitados por la media gravedad de que disfrutábamos.

El corredor estaba desierto, pero era muy corto, y así llegamos en seguida a una especie de terraza o puente desde la cual se dominaba todo el interior de la nave. He de añadir, antes de que sea demasiado tarde, que el aparato en que nos hallábamos no era el mismo que nos recogiera en la Tierra, sino uno infinitamente mayor, apto para volar por los hiperespacios, sin poder tocar suelo nunca.

De pronto, un arturiano nos salió al paso. Instantáneamente eché a mis espaldas a Iridya, al mismo tiempo que me aprestaba a la defensa. No tenía otra arma que mis manos, pero, a pesar de todo, ya sabía cómo usarlas con aquellos bichos.

No obstante, me di cuenta de que al arturiano le ocurría algo muy extraño. En lugar de caminar deslizándose, como era norma habitual en los seres de su raza, lo hacía a saltitos, como si fuera un gorrión, de una manera espasmódica. Vi en sus ojos una rara

expresión que me pareció de sufrimiento y, antes de que pudiera averiguar lo que le ocurría, el pulpo se desplomó muy lentamente a un lado quedándose inmóvil.

Salí de mi asombro al instante.

—¡Continuemos, Alteza!

Para descender al piso inferior había una escalerilla muy empinada. En el momento en que ponía el pie en el primer peldaño, retrocedí vivamente.

—¡Cuidado! —susurré. Había visto asomar dos tentáculos.

Casi al instante, dos arturianos surgieron ante mis ojos. Al primero lo eché para atrás de un fenomenal puntapié, sin que llegara a enterarse qué era lo que le había ocurrido. Pero el otro se abalanzó sobre mí.

Sabía lo que me sucedería si me atrapaba un arturiano, sobre todo si dejaba que una sola de sus repugnantes ventosas se posara sobre mi epidermis. El calcio de mi cuerpo desaparecería en contados segundos, sorbido por aquellos miembros, y mis huesos se convertirían en gelatina. Pero no estaba dispuesto a servir de banquete a ningún calamar de aquellos.

Aterrándome con fuerza al primer tentáculo que pude, tiré de él, arrancándoselo de cuajo. Luego, esparciendo a mi alrededor enormes goterones de aquella repelente sustancia que era su sangre, empecé a golpearle ferozmente el rostro.

El monstruo bramó de dolor y, medio cegado por mis golpes, trató de asirme con sus tres tentáculos restantes. Pero de súbito, la Princesa, demostrando un valor del cual yo no la hubiera supuesto capaz, le cogió otro de los miembros, amputándoselo de un tirón.

Aquello fue ya demasiado para la fiera. Convulsionándose horriblemente, huyó, lanzando desgarradores chirridos, en tanto que Su Alteza y yo arrojábamos lejos de nosotros aquellos hediondos despojos. Pero aun habiendo ganado nuestra primera victoria, no sabíamos qué hacer.

La nave volteó nuevamente de una forma harto aparatosa. Recobrado el equilibrio, notamos en ella una suavísima vibración, cuyo origen no sabíamos explicarnos, pero que nos molestaba bastante. Era como el cosquilleo producido por una descarga eléctrica, aunque de bajísimo voltaje.

—Sea lo que sea—resoplé—, esto no me gusta un pelo — y

asomándome a la barandilla, me di cuenta de que numerosos cuerpos de arturianos yacían en el suelo, en retorcidas posturas. Dos o tres de ellos salieron, de diferentes lugares, tambaleándose, saltando frenéticamente, para luego desplomarse convertidos en sendas masas inertes.

—Creo — murmuró la Princesa, cogiéndome una mano—, que lo mejor sería acercarnos a la cámara de mando.

—¿Para qué?

—¡Toma!, pues, para salir cuanto antes de aquí.

—Pero yo no soy astrogador.

—Yo sí — dijo ella decidida—. La astrogación es algo inherente a todo heredero del Trono Siriano. ¡Vamos!

Aquello me convenció, además de que, entonces, no nos cabía otra solución. Bajamos en dos zancadas la escalerilla, y saltando por encima de los cuerpos inanimados de los arturianos, nos encaminamos al puesto de control.

El desolador espectáculo se repitió de nuevo. Varios cuerpos de aquellos bichos yacían en el suelo, y a juzgar por sus posturas, tan muertos como Jorge Washington, Entonces fue cuando la Princesa dio muestras de conocer su oficio a la perfección.

—Sáquelos de aquí en tanto yo procuro gobernar la nave, Chick.

—Sí, Alteza — repuse, sin oponer la menor objeción. Con el rabillo del ojo la vi de pie ante los controles, manejándolos con lo que a mí me pareció suprema habilidad, pero el dejar el cuarto limpio requirió todos mis esfuerzos durante unos momentos y forzoso me fue apartar la vista de su linda figurilla.

Cuando terminé, penetré de nuevo en la cámara de control. Entonces mi vista reparó en algo que me hizo prorrumpir en una alegre exclamación:

—¡Mi pistola neurónica! —y me abalancé sobre ella, comprobando que todavía tenía carga para rato. En aquel instante, Su Alteza se volvió hacia mí. y en su hermoso rostro vi la desesperación que la invadía.

—Chick, no consigo hacer andar la nave, a pesar de mis esfuerzos!

—¡Rayos! ¡Eso es más grave de lo que parece! ¿Alguna avería?

—No. A lo que parece, las máquinas están en perfecto estado de funcionamiento. Incluso la energía consumida se ha repuesto en

buena parte. Pero hay fuerzas extrañas, superiores a las nuestras, que nos impiden movemos una sola pulgada.

—¿Los… orionitas…? — balbucí.

—Me temo que si, Chick. Yo quisiera…

¡BUMMM…!

En aquel momento, un atronador estallido hirió nuestros tímpanos, al mismo tiempo que nos sentíamos brutalmente arrojados a un lado. Me incorporé, ayudando a la Princesa, y vi sus ojos empañados por las lágrimas.

—Esto es el fin, Chick. Nos han abordado.

Sonreí con ferocidad, palmeando la culata de mi pistola.

—Estos tipos — dije, señalando con el pulgar a los que yacían fuera—, debieron llevársela para estudiar sus efectos. Es un arma que no es muy conocida y solamente usada por los agentes de nuestro servicio. Para los arturianos ha sido algo desagradable el conocer sus disparos y… — concluí con toda la decisión que me fue posible—, ¡para los orionitas también lo será!

No había terminado de hablar, cuando una fenomenal algarabía se expandió por el interior de la nave. Miré a la Princesa y luego me planté en la puerta de la cámara de control, con una idea fija en la cabeza: me habían encargado de su protección y sólo dejaría de protegerla cuando me hubieran convertido, quien quiera que fueran nuestros nuevos asaltantes, en un cadáver.

Un pelotón de hombres, idénticos en un todo a mí, apareció súbitamente a la carrera. Por un instante se quedaron estupefactos al ver un ser que no tenía pinta de calamar ycon cuya presencia, seguramente, no contaban. Les vi dudar, vacilar y confabularse entre sí, pero una seca orden, proferida por alguno de sus jefazos, les arrojó, en ululante manada, sobre nosotros.

CAPÍTULO V

URANTE cientos, Quizámiles de siglos, habíamos vivido solos, aislados, en nuestro Sistema Solar. Pero, de pronto, con el descubrimiento, que ya se sabe no fue nuestro, sino de otras razas más adelantadas de la navegación interestelar, habíamos entrado en posesión de una serie de conocimientos y datos con los cuales ni siquiera habíamos soñado hasta entonces.

Me he podido dar cuenta de que, cuanto más civilizada es una raza extraterrestre, humana o no, más sencillos son sus medios de ataque, ofensivos y defensivos; al menos, en cuanto a la lucha individual o por pequeños grupos se refiere. Nosotros debíamos estar atrasadísimos, puesto que más o menos modificadas, continuábamos usando las armas de fuego, aunque también tuviéramos pistolas neurónicas, pero esto era privilegio de unos pocos.

En cambio los orionitas, de acuerdo con mis teorías, debían de ser una raza ya muy vieja, quizá de millones de años de antigüedad. Su aspecto, en lo físico, era exactamente el nuestro, excepción hecha de un color más pálido de su epidermis. Vestían una especie de casco metálico, muy sencillo, sin adornos de ninguna clase, una coraza que les cubría el pecho yel abdomen y unos faldellines de placas metálicas. Su calzado eran sandalias, cuyas cintas les llegaban a media pierna, y en la mano, cada uno de ellos tenían una espada, ancha y corta, de reluciente metal, cuyas heridas debían ser mortíferas a poco empeño que se pusiera en el golpe.

Han de pasar muchos años todavía antes de que los terrestres renunciemos a nuestras anticuadas armas de fuego. Anticuadas,

malolientes y ruidosas, sí; pero también terriblemente eficaces en una lucha como la que yo, tanto en defensa propia como de la Princesa, me disponía a entablar. Y en aquellos momentos hubiera dado un buen montón de oro por tener a mano una vieja metralleta de tiro ultrarrápido.

Los orionitas se detuvieron apenas invadieron la nave y me vieron o, por mejor decir, nos vieron a Su Alteza y a mí. Era evidente, que, después de haber aniquilado a la tripulación arturiana por un medio que entonces desconocía, estaban completamente aturdidos, no sólo de hallar supervivientes, sino de verlos con figura idéntica a la suya.

Pero su aturdimiento duró apenas unos pocos segundos. En seguida, espoleados por las imperativas voces de mando de alguno de sus oficiales, se lanzaron a la lucha. Yo no sé si, en aquellos momentos, querían matarnos o solamente apresarnos; eso no lo puedo decir, porque no entendía sus gritos proferidos, lógicamente, en su lengua. Pero, lo que si sabía, porque ello era harto visible, es que sus intenciones distaban muy poco de ser amistosas.

Ululando como sioux en el sendero de la guerra, se arrojaron sobre nosotros con las espadas en alto. Afirmé mis pies en la puerta y solté el primer latigazo neurónico, de poca intensidad., sin embargo, destinado más bien a intimidar que a inutilizar de forma mortífera.

El guerrero que recibió la descarga saltó hacia atrás contorsionándose epilépticamente. Pero la ceguera que sufrían sus compañeros les impidió verlo momentáneamente, y en un santiamén se plantaron a escasos metros de los dos.

Largué una rapidísima descarga, sin cesar de oprimir con el dedo el botón que liberaba la energía contenida en el cargador del arma, al mismo tiempo que movía ésta en abanico. El resultado fue una docena de orionitas gimiendo y sollozando, revolcándose en el suelo, presa de agudísimos dolores, los cuales no se podían calmar con otra cosa que no fuera un prudencial transcurso del tiempo.

Los tipos que venían detrás se detuvieron, al ver a sus compañeros abatidos tan rápida como misteriosamente. Aquello era algo que no les entraba en la cabeza y, si cabe decirlo, palidecieron todavía más. Aprensivamente, dieron unos cuantos pasos atrás, mirándome con tanto miedo como respeto,

Aquello me hizo son reír.

—¡Vamos, chicos! —grité—. ¡Vengan y cójanme! Les parecí un bocado demasiado tierno, ¿eh? Alteza, ¿qué os parece?

—De momento — contestó Iridya a mis espaldas—la cosa está bastante bien. Veremos luego lo que ocurre.

Los orionitas parecían confundidos. De pronto, un nuevo golpe de guerreros penetró por la nave yme di cuenta de que se disponían a desencadenar un nuevo y definitivo ataque.

Aumenté la potencia de la energía, al mismo tiempo que me sujetaba la muñeca derecha con le mano izquierda y alzaba el cañón de la pistola. Alguien gritó de una manera espantosa y los soldados, no sin visible repugnancia, avanzaron de nuevo.

Los dejé llegar a la mínima distancia compatible con mi seguridad. Cuanto más cerca, más fuertes serían las descargas. Mi mano izquierda movió el otro brazo, en veloz abanico, y esta vez fue un terrible coro de aullidos, proferido por más de treinta gargantas, el que contestó a los silenciosos disparos de la pistola neurónica. Los individuos quedaron tumbados en el suelo, con los rostros deformados por la agonía de sus dolores.

—Bien — dije, cuando la cosa se hubo calmado un tanto—. Parece que, por el momento, nosotros somos los gananciosos.

—Sí, pero por poco tiempo, Chick —dijo sentenciosamente Su Alteza — Mire allá arriba.

— ¡Rayos! — respingué, estremeciéndome. Unos cuantos orionitas habían trepado a la terraza superior, llevando una especie de cañón o ametralladora, de tan raro como pavoroso aspecto, y que se disponían a emplazar. — Nos van achicharrar si no lo remedio.

Y hube de remediarlo. El cañón se quedó sin sus servidores, cuando éstos, iluminados por las descargas, fueron arrojados contra los mamparos, chillando como fieras. Pero, entonces, observé un detalle, la carga de la pistola estaba a punto de agotarse.

Las pistolas neurónicas se cargan por si solas, por medio de procedimientos largos de explicar aquí, los cuales son debidos, en buena parte, a las sustancias radiactivas que contienen, las que les proporcionan una actividad prácticamente ilimitada. Pero cuando su carga se ha usado tan pródigamente como yo lo había hecho, es preciso esperar unas cuantas horas a que se reponga y,

desgraciadamente, yo no disponía de aquel tiempo para aguardar sentado en una silla.

Algo debieron ver en mi rostro aquellos tipos. El caso es que, súbitamente, lanzando un grito unánime. se arrojaron sobre mí.

Todavía derribé a unos cuantos, pero al fin la pistola no fue más que un arma vaciá en mis manos. La arrojé a un lado y me dispuse para el embate final.

El primer orionita que cayó cerca de mí se sintió duramente vapuleado y lanzado a lo lejos por una hábil presa que le hice. Pero su espada había quedado ya en mi poder.

Era la primera vez que tenía un artefacto de aquellos en mis manos. Pero la desesperación logro infundirme unas fuerzas prodigiosas. Por otra parte, situado en la puerta de la cámara de control, no podían rodearme, por lo que sólo era atacado a la vez por tres o cuatro soldados, cuya ventaja era, además de la fuerza del número, su habilidad en el manejo de la espada, que yo desconocía por completo.

Pero, sin embargo, antes de que pudiera tirarme a fondo en mi primer contrataque, algo muy duro cayó sobre mi nuca. Miles de estrellas revolotearon ante mis ojos, en una rapidísima solución de estallantes colores. Las piernas se me convirtieron de repente en goma liquida y vi que el suelo se me acercaba al rostro velozmente.

Lo último que vi que a su Alteza saltando por encima de mi cuerpo y dirigiéndose a los orionitas de un modo enérgico. No sé la contestación que Iridya recibió, porque el conocimiento ya había huido de mí.

* * *

El golpe que recibí debió haber sido fenomenal porque, cuando me desperté me di cuenta de que, fuera el lugar que fuera, no estaba ya a bordo de una astronave. El lecho en que estaba tendido, al lado de un enorme ventanal de vidrio, no parecía en modo alguno la litera de una nave del espacio

Me incorporé, sintiendo un terrible dolor en la nuca. Pero, dominándolo, dejé vagar la mirada por el paisaje que tenía ante mis ojos.

Debía de estar en uno de los últimos pisos de un altísimo

edificio. Éste dominaba la ciudad, la colosal ciudad que veía a mis pies, de una extensión incalculable y una belleza singular. Las casas, rascacielos, mejor dicho, que se veían, eran de todas las formas: cilíndricas, piramidales, cónicas, prismáticas, pero todas ellas construidas con un material desconocido para mí y de brillantes y variados reflejos. Numerosos puntos oscuros vagaban por los aires y supuse que debían ser las naves aéreas de aquel extraño mundo al cual me habían transportado durante mi inconsciencia.

El cielo era de un raro color violáceo, no muy obscuro, y sobre él flotaban perezosamente nubes de color anaranjado. A lo lejos vi los resplandores del sol que alumbraban aquel mundo, también de color naranja, lo que proporcionaba unas bellísimas tonalidades mas cuanto me rodeaba y me percaté de que debía ser un astro en su período agónico. No era amarillo, como nuestro sol, y sabe Dios por que debía carecer de la facultad de emitir rayos ultravioleta, porque solamente así podía uno explicarse la palidez de los rostros de los orionitas.

Todavía, al cabo de un buen rato, estaba entregado a mis elucubraciones, ya más repuesto, cuando, de pronto, se abrió la puerta.

Me puse en pie, aprestándome por instinto a la defensa. Tres hombres acababan de entrar en la estancia.

Vestían sendas túnicas sin mangas, muy cortas. Uno de ellos, de mediana edad, a juzgar por su aspecto, llevaba puesto un casco que le cubría por entero el cráneo y tenía las orejas cubiertas por sendos auriculares que formaban cuerpo con el mismo casco. En las manos llevaba un adminiculo semejante.

Los otros debían ser servidores, esclavos o cosa por el estilo. Uno de ellos traía una bandeja en las manos y otro unas prendas de ropa que supuse debían ser para mí.

El hombre del casco se acercó y procuró tranquilizarme con una agradable sonrisa. Habló unas palabras en orionita, que no entendí, por supuesto, y me entregó el casco que tenía en las manos.

Por señas me indicó que me lo pusiera. Obedecí y el anciano me ayudó a colocármelo, ajustándome los auriculares en debida forma.

—¿Te encuentras mejor? — me preguntó, siempre amable.

—Sí, gracias…—y de repente me di cuenta de una cosa—: Oiga, le entiendo perfectamente.

¿Cómo diablos…?

El orionita sonrió benévolamente

—Es Un casco traductor—me dijo—. Tú hablas en tu idioma y yo en el mío, pero el aparato traduce las palabras que pronunciamos a nuestras respectivas lenguas.

—¡Ca…ramba! —el inventito aquel me había dejado sin respiración. Si lo patentase en la Tierra me haría hipermillonario, amén de arruinar a todos los colegios de enseñanza de idiomas—. ¡Vaya un artefacto! Se necesita ser listo para… ¿Quién es usted y dónde estoy? —inquirí, acordándome de pronto de la situación en que me hallaba —. Por su parte puede llamarme Chick, a secas. NO creo que haga falta más en este planeta.

El orionita volvió a sonreír. Los dos criados continuaban tras él, impertérritos.

—Tienes razón, Chick — dijo—. No es preciso más, porque no creo haya otro nombre parecido al tuyo. En cuanto a mí, puedes llamarme Epher y soy el jefe de alojamientos de su Imperial Majestad Thars XLVI. Rey de toda la Nebulosa de Orión.

—¡Atiza! —exclamé, sin poderme contener—. ¡Rey de toda la Nebulosa de Orión! Debe ser un tipo muy poderoso, ¿eh, Epher?

Así es, salvo el tratamiento, Chick— dijo el orionita —, que es bastante irrespetuoso. No se te ocurra emplear otro que su Imperial Majestad o podría costarte caro. Ahora ha sido la primera vez y es disculpable.

—Lo siento — dije hipócritamente—. De modo que estoy en Orión, ¿eh?

—Así es; y esa ciudad que ves a tus pies es Tharsia, la capital del Imperio.

Miré hacia abajo.

—¿Tharsia?

—Sí; es una derivación del nombre de su Imperial Majestad. Cuando le suceda su hijo Thurms, se llamará Thurmsia. Siempre ha sido así y siempre será, Chick.

—¡Vaya! Pues si en la Tierra tuviéramos que cambiar el nombre de nuestra capital cada vez que se elige un nuevo presidente, los de Correos se volverían locos. Y bien, Epher, ¿qué diablos se pretende de mí?

—Primero, alimentarte y vestirte. Luego…—Epher se volvió

hacia uno de los criados, el de la bandeja, y éste se acercó.

Contra lo que esperaba, pues tenía un hambre de lobo, ya que hacía muchísimas horas que no comía, sólo vi allí un platito con una especie de jalea muy sólida, de color verdoso, y un minúsculo vasito lleno de un líquido transparente de color también anaranjado.

Alcé mi vista hacia Epher, con aprensión.

—¿Eso… eso… es mi cena? —dije, procurando contener mi decepción.

—Si —me contestó.

—Pero, ¡si con eso no tengo ni para empezar! — protesté, irritado de la desconsideración que se hacía con mi estómago—. Con lo bien que me hubieran sentado un par de filetes sangrantes con unas cebollitas tiernas…

—Puedo asegurarte, Chick, que es doble ración de lo que nosotros acostumbramos a tomar. Anda, pruébalo.

Cogí el platito y una paletita que habla al lado y vacilé un segundo. Pero luego me llevé a la boca una cucharada de aquella sustancia.

Confieso que Jamás he tomado nada más sustancioso ni agradable. Era, bueno, tenía un sabor rarísimo, dulce, sin exageración, y moderadamente perfumado. Se deshizo en mi boca en un santiamén ydos cucharadas más adelante sentí una poderosa sensación de bienestar en mi cuerpo.

Concluí el contenido del platito en un santiamén y luego me tragué el líquido de un sorbo. Al acabar, me sentí como si hubiera asistido a un banquete luculesco.

— ¡Demonios! ¡Pues es verdad! —exclamó—. Ya no tengo hambre.

—Lo celebro —dijo Epher—. Ahora pasarás a la habitación inmediata. Tienes que bañarte y vestirte.

—¿Para qué? —le interrogué con algo de suspicacia en mi voz.

—Ya lo verás… dentro de poco —me contestó con un tono algo misterioso. Se volvió hacía los sirvientes y éstos me acompañaron hasta la estancia inmediata.

Una hora después, vestido, con el pelo cortado, afeitado y hasta manicurado y masajeado, parecía otro. Un rio de fuego me corría por las venas y me sentía capaz de las mayores empresas.

El jefe del alojamiento me preguntó:
—¿Listo, Chick?
—O. K., Epher. Vamos a ver al tipo, perdón, a su Imperial Majestad. Porque, supongo que para eso me habéis perfumado tanto, ¿no?
Exacto — respondió Epher, no sin sonreír de aquella manera tan misteriosa y que no dejaba de intrigarme.
Acompañado solamente por él, salí de mi habitación a un amplísimo corredor. Entonces, de una puerta frontera, Iridya salió también de otra estancia, acompañada por una matrona de venerable aspecto, y al verme sus ojos refulgieron.
Deliberadamente había omitido hacer pregunta alguna a Epher acerca de la suerte que había corrido Su Alteza. Estando yo vivo, no había razón alguna para que ella no lo estuviera también, y además estaba muy escocido contra ella por…
Se precipitó hacia mí de un modo muy poco acorde con su condición. En cualquier otra ocasión, yo me hubiera alegrado infinito de ello, pero ahora sólo podía albergar en mi pecho un hosco resentimiento.
—Oh, Chick, ¿se encuentra bien? — preguntó, mirándome con sus enormes ojazos. Estuve a punto de derretirme, más conseguí dominarme y la miré condureza.
—Todo lo bien — repuse—, que suelen dejar los culatazos asestados a traición, Alteza.
Iridya hizo una mueca de desencanto.
—Creí que me lo agradecería —dijo secamente. También ella tenía puesto el casco traductor, por loque nuestra conversación era seguida con vivo interés por los orionitas. El casco aumentaba su belleza, pero yo no hice caso. Mientras, seguíamos caminando, escoltados por Epher y la matrona. Asíllegamos a un ascensor, de enorme plataforma, en el que nos introducimos.
En tanto perdíamos altura rápidamente, pregunté:
—¿Por qué tenía que agradecérselo, Alteza?
—Oh, Chick, quisiera que lo comprendiera. Descargada la pistola neurónica, no tenía ninguna probabilidad de vencer. Y, estoy segura de ello, no hubiera querido entregarse, ¿verdad?
Su Alteza tenía razón, pero yo remoloneé un poco.
—Bueno, ¿es que no había otra forma de convencerme que

sacudiéndome en la cabeza?

—¿Acaso había tiempo para discusiones, Chick?

—Eso también es verdad. Alteza — concedí—. Pero no me negará que quizá una insinuación…

El ascensor habla llegado ya al término de su viaje y Epher nos interrumpió, al mismo tiempo que abría la puerta.

—Van a ver ahora a su Imperial Majestad. No olviden el tratamiento.

—Espero que él no olvide el mío — declaró Iridya con orgullo—. Si él es emperador de toda la Nebulosa de Orion, yo soy la princesa heredera de la Confederaciónde Sirio. Eso es algo que también conviene tener en cuenta.

Es algo que escapa a mis posibilidades…—contestó Epher, quien, tras alguna vacilación, concluyó — Alteza.

Con el altivo porte de una reina, Iridya salió, empezando a andar, seguida por mí y por los dos orionitas. Yo me quedé asombrado al ver lo que se nos ofrecía ante nuestros ojos.

El ascensor había desembocado en un colosal salón, de dimensiones inauditas, cuyo techo casi se perdía de vista. El suelo era de algo así como mármol, muy brillante y pulido, flanqueado y sostenido por altísimas columnas, muy gruesas, ornadas con rarísimos dibujos de una belleza inconcebible. A lo lejos, veíase una especie de estrado, de refulgentes metales, que si no eran oro y plata, se les parecían bastante, en el que había un sillón que tenía como dosel un colosal cráneo humano, en cuyas cuencas, y a guisa de ojos, había dos piedras preciosas, dos rubíes, de fenomenal tamaño y el cálculo de cuyo solo valor me hizo estremecer, si es que dicho valor podía calcularse.

En aquellos momentos no podía, no era capaz de imaginarse lo que me esperaba. Resuelto, pues, avancé casi al lado de Iridya, dejando entre ella y yo el espacio suficiente para que se viera su elevada categoría. Cerca ya del trono, un montón de cortesanos, de ambos sexos,a los doslados, nos contemplaban consin igual expectación.Ellas, todo hay que decirlo, eran muybellas en su inmensa mayoría, aunque no faltaran tampoco las de edad madura.

En las gradas del trono vi a un joven, lujosamente alhajado, alto, esbelto, con una costosa espada ceñida a la cintura. Tenía un pie en un escalón y otro en el pavimento y estaba en tal posiciónque no

dudé debía ser alguien allegado al emperador de Orion.

Éste tenía, en efecto, todo el aspecto de un Rey. Aun sentado, impresionaba su colosal estatura y su poderosa robustez. Juzgando en términos terrestres, habría ya cumplido los cincuenta años, pero me dije que no sería yo quien me buscase a Thars como enemigo en una lucha cuerpo a cuerpo, ni aun amistosa tan siquiera.

El silencio era absoluto, expectante. Percibí todas las miradas clavadas en nosotros, y especialmente en la cálida belleza de Iridya. Sobre todo, el joven que estaba al lado del trono era quien más la miraba, de un modo tal que me hizo estremecer sin poderme contener.

Un trueno se oyó entonces. Era el vozarrón del individuo sentado en el trono.

—Bienvenidos a Orión. Thars XLVI, Rey de toda la Nebulosa de Orion y sus planetas, os da la bienvenida.

CAPÍTULO VI



ERMANECÍ en silencio. No era a mí a quien competía hablar, sino a Su Alteza. Y ésta lo hizo.

—Gracias, Majestad — dijo sencillamente—. Soy Iridya, princesa heredera de la Confederación de Sirio. Thars se rascó la barbilla, sonriendo.

—He oído hablar de esa Confederación, aunque, hasta ahora, no había tenido el placer de hablar con ninguno de sus miembros…, suponiendo que tú lo seas, Iridya.

La joven palideció,

—¿Insinúas que miento? — gritó, airada.

Thars dio súbitamente un fenomenal puñetazo en el brazo del sillón sobre el cual se apoyaba, con tal fuerza, que el mueble crujió alarmantemente y gritó:

—¡Dame el tratamiento que se me debe, insolente!

—¡Hazlo tú antes! —contestó ella, sin amilanarse—. Soy una princesa de Sirio y se me deben consideraciones que tú has omitido deliberadamente.

—Atacasteis a mis hombres —chilló Thars.

—No hicimos otra cosa que defendernos. ¿Por qué mataron a toda la tripulación de nuestra nave?

—Los tuyos destruyeron una docena de lasmías. Os habíais introducido en una porción delespacio cuyo acceso está prohibido sin un permiso especial mío.

—Fue un error del astrogador, Thars; no vinimos a Orión por nuestra voluntad.

—Da lo mismo. Estáis en Orión y habéis de someteros a sus

leyes. Y… —Thars sonrió torcidamente— la Ley de Orión soy yo.

Un gesto desdeñoso apareció en el rostro de Iridya. Yo no comprendía por qué defendía a los arturianos muertos, a no ser que lo hiciera para tener motivos acusatorios contra Thars.

—No hace falta más que ver a tus esclavos para creerte, Thars— contestó.

Un murmullo de desagrado se levantó entre los cortesanos al oír tales palabras, pero el emperador de Orión lo acalló de un solo grito.

—¡Silencio! Escucha, niña tonta y presumida. Tú te crees ser algo por el solo hecho de titularte princesa heredera de Sirio. Pero individuas como tú las tengo yo en mi Imperio a cientos. ¿Crees que me dejo impresionar por una princesa más o menos?

Había algo en las palabras del tipo sentado en el trono que me hizo montar en cólera.

—Thars — grité—, ésa no es manera de tratar a una mujer, cuanto más a una futura reina. ¿Crees que tu corona te da derecho a la grosería con todo aquel que se te antoje? — solté una ofensiva carcajada y añadí—: Es la primera vez que veo un cerdo con dos patas sentado en un trono.

Un silencio denso, helado, como un soplo de muerte, se expandió inmediatamente por el colosal salón. Muchos de los cortesanos se cubrieron afectadamente los rostros con las manos, al mismo tiempo que se volvían de espaldas para no verme.

Mis palabras dejaren momentáneamente sin aliento a Thars. Iridya se volvió hacia mí.

—Mida sus palabras, por favor, Chick — me dijo, suplicante.

—Ya es tarde para ello, pero ¡que se vaya al diablo ese presumido! ¿O es que no oyó el insulto que profirió contra Vuestra Alteza?

Antes de que me pudiera responder, el joven que se hallaba al pie del trono dio unos pasos hacia adelante.

—Padre — gritó —, déjame castigar al insolente como se merece.

Thars sonrió.

—Muy bien, hijo. Anda, pues, con él. Procura mancharte lo menos posible. Por el suelo no tengas cuidado.

—Gracias, padre y rey mío — dijo Thurms, pues no otro era el

joven que había hablado, encaminándose hacia mí.

En sus glaucos ojos brillaba una llama de odio y de cólera.

Desenvainó la espada con seco movimiento. Iridya gritó, tratando de interponerse entre ambos, pero alguien la apartó a viva fuerza.

—Debiera mandarte a un lugar donde, en lugar de vivir, se pide morir. Pero has insultado al reyde toda la Nebulosa de Orión y te voy a matar aquí mismo, ¡perro insolente! —dijo Thurms, caminando con la espada en la mano hacia mí, con la seguridad de terminar conmigo en un santiamén.

Me eché a reír.

—Luego te ufanarás de tu hazaña, ¿eh, mequetrefe? — puesto que todos llevábamos casco traductor, el príncipe heredero de Orión entendía perfectamente mis palabras —. Nunca te comas la manzana sin antes haberla cogido del árbol.

—No me gustan las manzanas podridas — siseó Thurms, ya a dos pasos de mí y, de pronto, me tiró una feroz estocada.

Iridya volvió a gritar.

En toda lucha cuerpo a cuerpo, sea cual fuere el arma que se utiliza, hay un axioma infalible: no debe uno separar sus ojos de los del adversario. Si Thurms lo sabía o no, ello era cosa que entonces no me preocupó poco ni mucho. Sí, en cambio, adiviné por la expresión de sus pupilas, cuándo se iba a tirar a fondo.

En el servicio a que pertenezco nos enseñan muchas cosas, y todo aquel que es aceptado como agente es convertido en un campeón de lucha. La espada de Thurms pasó inofensivamente por mi costado, porque yo había dado, en el momento preciso, un salto lateral que había evitado la estocada.

Pude haberle desarmado allí mismo, y en aquel preciso momento, pero no sé qué diabólica idea de burlarme de él cruzó por mi cerebro. No encontrando la resistencia que había esperado, Thurms vaciló, con el cuerpo inclinado hacia adelante, perdiendo el equilibrio.

Antes de que lo pudiera recuperar, di un cuarto de vuelta a la derecha, levantando mi pie izquierdo y poniéndolo en contacto, bastante violento por cierto, con el final de su espina dorsal. El resultado de mi gesto fue que Thurms cayó de bruces, sin poderse contener, con los brazos y las piernas abiertos ridículamente,

resbalando unos cuantos metros por el suelo, antes de poderse detener.

Junto con sus bramidos de cólera, oí a mis espaldas una cristalina carcajada, cuya procedencia me fue conocida al instante. El rostro de Thurms, ya en pie, parecía el de una langosta hervida, a causa de la ira que le consumía, al disponerse para un segundo ataque.

Sin nada más que mis manos desnudas, con el tronco levemente inclinado hacia adelante, los pies sólidamente plantados en el suelo, aguardé su arremetida. El príncipe se arrojó sobre mí, fintando hacia un lugar opuesto a aquel que pensaba herir.

Más no me dejé engañar por su treta. Nuevamente la espada silbó, rozándome el costado y nuevamente le falló su golpe. Sin embargo, yo consideré que la hora de las bromas había pasado ya; en casos así no es muy conveniente tentar demasiado a la suerte.

Alargué mi brazo, cogiendo el suyo cerca del codo. Un par de rápidos movimientos, tan veloces que la vista era impotente para seguirlos, arrancaron a Thurms del suelo, al mismo tiempo que lo hacían volar por los aires. Luego lo arrojé al suelo, en el cual resbaló por segunda vez antes de quedar inmóvil, aullando por el dolor que le producía su brazo dislocado, bajo el trono en que se sentaba su padre. La espada tintineó metálicamente al chocar con el duro pavimento.

Hubo unos momentos de general consternación, la que se había apoderado de todo el mundo incluyendo a Thars. Pero éste no tardó en salir de su estupor.

Golpeó con terrible fuerza el brazo de su sillón, al mismo tiempo que gritaba:

—¡Guardias! ¡Guardias!

Un tropel de orionitas armados apareció por dos puertas a la vez, encaminándose hacia mí, con las intenciones que son fáciles de suponer. Me vi completamente perdido.

En tan crítico momento, cuando ya pensaba arroparme sobre la espada para defenderme y morir matando, hubo alguien que se me anticipó. La Princesa tomó el acero y obró con sin igual rapidez, con acertada iniciativa.

Sus gestos, sus movimientos, fueron tan veloces, que todo ocurrió en contadísimos segundos, antes de que nadie tuviera la

menor oportunidad de intervenir.

Su corta túnica, que apenas la negaba a las rodillas, la permitía la mayor facilidad de movimientos. En dos saltos trepó al estrado, dirigiéndose hacia Thars.

El Rey de toda la Nebulosa de Orión echó mano a su espada para defenderse, pero fue lento en comparación con los veloces movimientos de Iridya. Ésta, en lugar de atacarle de frente, rodeó el trono, bastante parecido, a una silla curul romana, situándose debajo de las abiertas mandíbulas de la calavera.

Con la mano izquierda le asió del rostro, clavándole las uñas en los ojos y obligándole a echar la cabeza hacia atrás. Luego apoyó la punta de la espada en el grueso cuello de Thars.

—¡Atrás! — gritó con voz que fue perfectamente oída en todos los ámbitos del enorme salón—. ¡Atrás o degüello a vuestro Rey como si fuera un perro rabioso!

Thars rabiaba y se retorcía, echando espumarajos por la boca, a causa, no tanto del dolor que le causaban las uñas de Iridya incrustadas en sus párpados, como por la humillación que estaba sufriendo, humillación que había que agregar a las que ya había padecido su hijo. Los soldados quedaron clavados en seco, horrorizados de cuanto estaban viendo. Ni en sueños se hubieran atrevido a pensar algo semejante a lo que sucedía.

—¡Bravo, Princesa! — grité, satisfecho —. ¡Ha sido una hazaña magnífica!

Acercándome a uno de los orionitas, hipnotizado por lo que sucedía, le arrebaté su espada. Entonces me di cuenta de que, apenas ganada la partida, estábamos a punto de perderla.

Una puerta se deslizó silenciosamente a espaldas de la Princesa, sin que ésta, al parecer, se diera cuenta del detalle. Vi unos ojos brillar en las tinieblas del hueco que se había abierto y un hombre apareció, disponiéndose a saltar sobre ella.

Pero sus movimientos fueron lentos en comparación con los míos. No podía, no tenía ya tiempo de advertirla por lo que, echando el brazo hacia atrás, disparé la espada con toda la potencia de mis músculos.

El pesado proyectil hendió el aire con lúgubre silbido, silbido que se apagó al hundirse en una masa blanda, cuyo propietario lanzó un agónico chillido, desplomándose a los pies de Su Alteza, y

convulsionándose en las ansias de la muerte. La Princesa mantuvo su serenidad; ni siquiera volvió la espalda.

Suponiéndose lo que había ocurrido, me dijo:

—Gracias, Chick.

—No hay de qué darlas, Alteza — repuse, echando mano de otra espada, cuyo propietario, como el anterior, no opuso la menor resistencia. Atravesé el espacio que me separaba del trono, y en medio de un silencio sepulcral, me dispuse a colocarme al lado de su Alteza.

Como primera providencia; saqué de su vaina la real espada, metiéndomela en el sencillo cinturón de que estaba provista mi túnica. Luego, cogiendo una imperial oreja, dije:

—¡Arriba, pimpollo! Da media vuelta y pasa a la habitación vecina. Tú y yo tenemos que hablar muchas cosas. Alteza, podéis dejarle abrir los ojos.

Más me valiera no haber pronunciado tales palabras. Cuando Thars, al fin, levantó sus irritados párpados, me arrojó una mirada en la que se leía de todo menos simpatía.

—Pagarás caras tus fechorías — dijo, sibilante.

—No estás en ocasión de proferir bravatas, sino, en todo caso, de soportarlas. ¡Arriba, he dicho!

Pesadamente se levantó Thars, apoyándose en uno de los brazos del sillón. Iridya y yo estábamos detrás del respaldo del enorme mueble, en tanto que yo tiraba de Thars con una mano al mismo tiempo que le manteníamos encaradas las dos espadas.

Retrocedimos un paso, sin dejar de mirarnos mutuamente. Toda la corte orionita, guerreros incluidos, parecían haberse convertido en estatuas, tal era el estupor que les había invadido. Empezamos a dar el otro paso.

Entonces fue cuando yo me percaté de que la mano derecha de Thars resbalaba por el respaldo del sillón. Le miré a los ojos y vi un sospechoso brillo de alegría en ellos.

Intuí algo desagradable para nosotros. Soltando su brazo, quise asir el de Iridya, al mismo tiempo que gritaba:

—¡Cuidado, Alteza! ¡Saltad…!

Pero ya era tarde. El suelo nos falló bajo los pies.

Una colosal carcajada restalló, cortísima, porque la trampa que se había abierto se cerró casi al instante, cuando caímos. La más

negra obscuridad nos envolvió en el acto.

Tenía asida la mano de Iridya y por ello no nos separamos durante el tiempo de nuestra caída, que nos pareció larguísima, interminable. De súbito, nos sentimos sumergidos en agua.

Profundizamos unos cuantos metros a causa de la velocidad de la caída; pero luego, merced a unos enérgicos talonazos, ganamos de nuevo la superficie. La obscuridad era absoluta.

—¿Estáis bien, Alteza? — grité, tras unos resoplidos. Aún estábamos juntos.

—Sí, Chick. Un poco mojada, pero nada más. ¡El agua está muy fría!

Sí que, lo estaba, pero yo tenía otra cosa en que fijarme: la peculiar resonancia de nuestras voces en aquel lugar.

—Debemos de estar bajo una bóveda de incalculable tamaño, Alteza— dije, y ella asintió, preguntando:

—¿Qué podemos hacer, Chick?

—Por lo pronto, nadar, si es que sabéis, Alteza. —Por supuesto, Chick.

—Pues así haremos ejercicio; de lo contrario, la frialdad del agua nos agarrotará los músculos. De todas formas, es conveniente que no nos soltemos de la mano; en esta obscuridad, podríamos extraviarnos con toda facilidad.

—Sí, Chick — y empezamos a hacerlo, tal como lo había dicho.

Desde luego, nadábamos al albur, sin saber dónde íbamos. Más que nada, yo lo hice por distraer su mente con alguna idea. Quizá aquel depósito fuera alguna cisterna de recogida de aguas pluviales, sin salida alguna, en cuyo caso, la suerte que nos esperaba no era dudosa. Pero tampoco podíamos entregarnos con facilidad.

Al cabo de unos minutos, cuando ya la frialdad del agua comenzaba a metérsenos por los huesos, observé un detalle: una leve corriente nos facilitaba la natación. Se lo dije a Iridya y ella lo confirmó.

—Esto nos facilitará la escapatoria — comentó, sin más.

Poco a poco la fuerza de la corriente aumentó. Y entonces oí un lejano rumor, cuya percepción motivó que se me erizaran todos los cabellos.

Ella también se dio cuenta.

—¡Un salto de agua! —dijo, amedrentada primero, pero

agregando resuelta después—: Así podremos salir de aquí.

El rumor de la cascada fue en aumento, simultáneamente con la fuerza de la corriente. Ésta se hizo tan potente, que prácticamente invalidó todos nuestros esfuerzos que no fueran los de mantenernos a flote; ya no precisábamos nadar.

El agua se convirtió en un torrente bramador que nos arrastró, todavía sin vislumbrar el menor rayo de luz, hacia un punto por nosotros ignorado. El estruendo se hizo atronador, al mismo tiempo que el agua, ya espumeante, nos arrastraba velocísimamente.

De súbito, caímos. Nos sentimos envueltos en espuma, ahogados, sofocados, sin posibilidad de reaccionar. Apreté la mano de Iridya, pero un brusco tirón, involuntario, hizo que se me desprendiera. Traté de gritar, sin conseguir otra cosa que tragar, una gran cantidad de agua.

Súbitamente la caída cesó. Nadé furiosamente, tratando de surgir a la superficie, cosa que conseguí, no sin gran esfuerzo, y entonces vi luz.

Al principio, la luz, acostumbradas mis pupilas a la obscuridad, me deslumbró. Parpadeé, sintiéndome aterido y a punto de desfallecer de frío, pero luego, reaccionando, nadé hasta aquel punto luminoso que había a corta distancia de mí.

De pronto, un grito ahogado a mi espalda me hizo volver la cabeza. Vi la de Iridya un segundo, en tanto que sus manos se agitaban espasmódicamente, desapareciendo casi en el acto.

Con salvaje energía, retrocedí, zambulléndome en el agua. Vi su cuerpo, convertido en una masa obscura, hundirse muy lentamente en el líquido, y apresuré mis brazadas, cogiéndola por el talle.

Mis pulmones estaban a punto de reventar cuando emergí. Procuré que la cabeza de Iridya, ella estaba desvanecida, quedara fuera del agua y, haciendo un último y agotador esfuerzo, alcancé la orilla.

Para ello tuve que atravesar un túnel, no muy largo, al otro lado del cual se abría una especie de pequeña ensenada, cubierta de una fina arena, cálida y soleada. Deposité a Iridya en el suelo, y sin reparar en mi cansancio, me dispuse a reanimarla.

Estaba su Alteza abriendo apenas los ojos, cuando, de súbito, oí unos rumores que más parecían risas, en torno mío. Extrañado, volví la cabeza, mirando en todas direcciones.

Antes de que pudiera identificar a las personas que se reían, mis ojos se fijaron en un macabro detalle, del que, ocupado hasta entonces con la Princesa, no me había dado cuenta. La arena estaba llena de huesos y despojos que hedían de una manera insoportable.

Un súbito pavor invadió mi espíritu. Un siniestro presentimiento cruzó por mi mente, en el mismo momento en que las risas aumentaban de tono y un feroz rugido, con un sonido como jamás había oído hasta aquel momento, me hacía temblar como un azogado.

CAPÍTULO VII

L lugar en que nos hallábamos era una especie de semicírculo de gran tamaño, cerrado por uno de sus lados, por el muro rocoso, a cuyo pie se hallaba el túnel que daba acceso a corriente subterránea que nos había traído hasta allí, y cuyas últimas ondas lamían la arena donde nos hallábamos, y por el otro, por una grosísima pared, de mampostería, de notable elevación, en cuyos bordes superiores se veían numerosas personas que eran quienes se reían de nosotros. A pesar de la distancia pude ver a Thars y a su lado, con el brazo en cabestrillo, a su hijo Thurms.

Pero no era esto, de momento, lo que atraía mi atención, sino los huesos esparcidos por la arena, y más que ellos aún, el feroz rugido que habla oído y que, de pronto, volvió a repetirse.

Aunque muy pálida, Iridya había recobrado ya el conocimiento. Medio sentada en la arena, me miró, consternada.

—¿Qué será eso, Chick?

—Papá Noel, no, por supuesto, Alteza — y, olvidando mi fatiga, me puse en pie. De pronto mis manos tropezaron con algo que me hizo casi prorrumpir en un grito de alegría.

¡La espada de Thars! Afortunadamente, había tenido la buena idea de pasármela por el cinturón de la vesta y, más afortunadamente todavía, no se me había extraviado en el largo viaje bajo los túneles y en el agua.

La empuñé, decidido; mas apenas lo habla hecho, consideré que tanto me hubiera dado tener en la mano un palillo de dientes. El bramido se repitió.

Entonces fue cuando, surgiendo de una esquina rocosa que nos

lo habla ocultado hasta entonces, apareció ante nuestros ojos una bestia apocalíptica, de una forma como jamás se me hubiera ocurrido soñar.

Era algo así como un elefante, pero octópodo, con ocho patas, terminadas en afiladísimas garras, una sola de las cuales habría bastado para abrirme, en canal. El cuello, por contraste con el enorme volumen de su coriáceo corpachón, parecía interminable, de una longitud igual a la del cuerpo, y concluía en una enorme cabezota dorada de afiladísimos dientes, capaz de partirme en dos sólo con insinuar el mordisco. Sus ojos sobresalían, semiesféricos, lanzando agudos rayos, de los lados del cráneo, y eran cuatro, por pares a cada lado. En la parte superior de la cabeza se veían dos astas, du · rísimas, como de un metro de largura, y debían de servirle para la lucha con sus congéneres. El total de la bestia, de unos cinco metros de altura, resultaba espantoso, aterrador.

Iridya se levantó muy despacio, cogiéndose a mi brazo. No tenía fuerzas siquiera para hablar.

Yo dije:

—¡Santo Dios! ¿Duermo o estoy despierto?

El bicho avanzó lentamente, olfateando él aire. Las risas de los curiosos orionitas se reprodujeron, y por sus gestos comprendí que no era la primera vez que asistían a un espectáculo de tal categoría. Miré los huesos que pisaba, pensando con aprensión cuánto tardarían los míos en quedar esparcidos sobre la arena.

— Huyamos — me cuchicheó al oído Iridya—; el túnel resulta muy pequeño para él.

Tragué saliva.

—Sí; es lo mejor —y di media vuelta, pero apenas lo habla hecho, resonó un seco chasquido. Lancé un grito de rabia.

Una verja, parecida a un medieval rastrillo, acababa de caer por la parte delantera del túnel, cerrándonos toda posible escapatoria. Y no nos cabía el recurso del agua, puesto que a partir del túnel no ofrecía profundidad alguna superior a los dos metros. A la bestia le sería suficiente hundir la cabeza en el líquido para atraparnos con las mandíbulas.

Giré de nuevo sobre mis talones y clavé mis ojos en los de la Princesa.

—Alteza — dije—, quiero que veáis cómo muere un terrestre.

Quizá se apiaden de vos y os dejen libre. O… quizá también me cargue al bichito ese.

Decidido ya, me dispuse a enfrentarme con el octópodo. A mis espaldas Iridya gritó angustiada, pero no le hice caso. Afirmé la espada en mis manos y me dispuse al inevitable encontronazo.

Tenía ya formado un plan. Sólo me faltaba que la fiera me dejase desarrollarlo. Y aun así…

El animal lanzó un feroz rugido, cuyo aliento, fétido, llegó hasta mí. Me mareó, francamente, pero la ocasión no era para andarse con remilgos.

Unos minutos nos miramos el animal y yo, como si él también poseyera inteligencia, y nos estudiamos. De pronto, rebufó y se lanzó a la carga.

Todos los animales de este tipo, por muy potentes, por muy fuertes que sean, tienen un punto flaco: su lentitud, derivada de su misma pesadez, aunque, aparentemente puedan desarrollar velocidades asombrosas. Pero, en cambio, no pueden revolverse en un palmo de terreno como yo lo hice al esquivar su primera y más furiosa arremetida.

La bocaza del monstruo cerró sus mandíbulas de golpe, con un seco chasquido que puso frio en mis huesos. De haber encontrado el blanco que deseaba, allí hubieran acabado todos mis padecimientos. Pero en el mismo momento, yo había saltado a un lado.

Simultáneamente con mi gesto, me aproveché de que, para morderme, el bicho había inclinado su cabeza hasta algo menos de dos metros del suelo. Las astas quedaron un segundo en posición horizontal y, asiéndome a ellas con una mano, trepé a su cuello de un salto, como si montara a caballo a estilo «cow-boy».

Un unánime grito de admiración acogió mi hazaña. Pero yo no hice caso de ello; los rugidos de cólera del animal me indicaban su irritación por el fenomenal chasco que se había llevado.

Agitó su descomunal pescuezo como si fuera un látigo, intentando arrojarme de él. Pero el cuello, aun siendo grueso, tenía la suficiente delgadez para que mis piernas se enroscaran en él y así, cogido a una de sus astas con la mano izquierda, resistí todos los embates que la fiera daba en su afán de libertarse de mí.

El instinto debió decirle que yo era mal enemigo para ella. Antes de que pudiera hacer nada, clavé la espada en uno de sus ojos hasta

la empuñadura, sacándola rapidísimamente y repitiendo la suerte con el otro ojo del mismo lado.

Sendos surtidores de rojiza y espesa sangre, como des caños reventados de un sistema de tuberías, brotaron al instante, poniéndome perdido. El cuello del monstruo se agitó espasmódicamente, en tanto que sus rugidos me atronaban los oídos. Los otros dos ojos corrieron la misma suerte en un santiamén.

Furioso, enloquecido, ciego, el animal empezó a corretear, lanzando horrendos bramidos. Se metió en el agua, levantando cataratas de espumas, y por un momentoo temí por la suerte de Iridya. Pero, no; su Alteza había huido, prudentemente, a lugar más resguardado, trepando por las irregularidades del muro rocoso hasta lugar seguro. Lo mismo habrían hecho, antes que ella, otros condenados; mas el sueño habría acabado por vencerlos y su derrota había sido entonces harto sencilla.

Después de cegarlo, la emprendí con su cuello. Todos los músculos de mi cuerpo me dolían horrorosamente, pues no era nada fácil soportar los latigazos de aquel colosal cuello, dados por el animal en su ciega y dolorosa furia. Por un momento temí perder la partida, dada la dureza de su piel, pero, afortunadamente la espada real era algo más que un símbolo; tenía un filo capaz de servir de navaja de afeitar.

Durante unos momentos descargué furiosos golpes en el cuello del octópodo. Surtidores de sangre, cubriéndome de rojo de pies a cabeza, brotaban de las espantosas heridas que yo abría sin cesar. Después de unos cuantos tajos, hice una brecha, y, saltando y bamboleándome espantosamente, aferrándome al bicho con las fuerzas que me infundía mi desesperada situación, continué golpeando en el mismo lugar.

Lo hice hasta que los músculos del brazo se me durmieron. Creí no acabar jamás con la fiera, pero, de pronto, cuando menos lo esperaba, dobló las patas.

Reuniendo mis últimas fuerzas, solté mi último golpe. Sus colosales vértebras crujieron horrorosamente, y la cabeza, ya sin vida, tirando al aire débiles bocados, más por movimientos reflejos que por necesidad, quedó a un lado, unida al cuerpo apenas por una débil tira de recia piel.

Cansado, exhausto, jadeante, cubierto de sangre de pies a

cabeza, me apeé de mi insólita montura. Lacabeza me dolía, el cuerpo estaba,según me parecía, convertido en mil pedazos, y, tambaleándome, como beodo, me dirigí al agua.

Antes de llegar a ella, sin embargo, Iridya me salió al encuentro. Se me colgó del cuello sin importarle la sangre que me cubría, y sollozó espasmódicamente.

—¡Vamos, vamos, Alteza, no ha sido para tanto! Bichos como ese despeno yo todos los días, para aperitivo, en mi planeta. ¿Me dejáis quitarme la sangre, por favor?

Iridya dio un paso hacia atrás, con los ojos brillándole de una manera singular. Parte de la sangre que me manchaba, había pasado a su túnica, aún empapada de agua, pero ella no pareció reparar en tan minúsculo detalle.

—Dame la espada, Chick Dugan —dijo.

—¿Para qué? — inquirí. Los dos nos habíamos olvidado de los espectadores orionitas y hasta de su rey Thars.

—Dámela — insistió con un acento tal, que no me quedó otro remedio que obedecer. Se la entregué, aún chorreante de rojo líquido.

—Arrodíllate, Chick Dugan.

Obedecí, temblando. Preveía lo que iba a hacer. Intenté protestar:

—¡Por favor, no, Alteza! —Calla y escucha, Chick Dugan.

—Sí, Alteza.

—Chick Dugan, por todos los méritos contraídos en la defensa de Iridya, Princesa Heredera de la Confederación de Sirio, yo te hago Duque de Sirio. Me tocó ambos hombros con la espada.

—Este nombramiento — agregó —, será confirmado, en el momento oportuno, por mi padre. En cualquier momento, podrás sentarte y cubrirte ante nuestra presencia, Chick Dugan, y nadie en toda la confederación osará poner las manos sobre ti sin convertirse automáticamente en reo de muerte.

—Pero yo… pero yo… Alteza…

—Levántate, Duque de Sirio —me dijo, con un acento que no había forma de desobedecer. Me entregó la espada y añadió, tristemente—: Quizá no salgamos con vida de aquí, pero era lo único que podía hacer por quien tan valientemente ha arriesgado su vida por salvar la mía.

No pude contenerme. Lanzando un grito inarticulado, volví a arrodillarme y tomé una de sus manos que besé con sumo respeto. Luego, en la misma posición, volví a mirarla. Las palabras que pronuncié me salieron del corazón.

—Alteza, sí ya antes lo era por mi profesión, ahora soy vuestro por adhesión personal hacia vuestra persona. Quizá sean ridículas y altisonantes mis palabras, pero a una sola que pronunciéis, me haré matar por vos.

—Oh, no, Chick — contestó ella, sonriendo con una dulzura encantadora—; no quiero eso; por el contrario, lo que deseo es que…— su esbelto seno subió y bajó apresuradamente, a impulsos de sus mal contenidas emociones — que vivas muchos años Chick.

—Gracias, Alteza; no podría haber escuchado mejores palabras como recompensa. Y ahora, ¿me permitiréis que me quite esta suciedad de encima?

—Yo también lo necesito, Chick —rio ella, olvidada de todo y de todos—. Pero el agua está cerca y bastará una simple inmersión para quitarnos la sangre de esa bestia de encima.

Íbamos a hacerlo, riendo felizmente, sin darnos cuenta de nada que no fuéramos nosotros mismos, cuando un tropel de orionitas se dirigió, en columna cerrada, hacia el lugar donde estábamos.

Me aresté a la defensa.

—Poneos detrás de mí, Alteza — dije.

Pero el oficial que mandaba la pequeña columna levantó el brazo, con la palma de la mano vuelta a nosotros. Los orionitas se detuvieron en tanto que su jefe avanzaba hacia nosotros.

—Salve, extranjeros —dijo—. Su Imperial Majestad ha quedado muy impresionado por la forma en que has matado al dhreg…

—¿Al… dhreg?

Sí; ese es el nombre de la bestia que has vencido.

¡Qué ganas de complicarse la vida! —refunfuñé; pero el orionita no me hizo caso. Continuó:

—Su Imperial Majestad Thars XLVI ha reconocido que eres un valiente y te ha perdonado la vida.

¿Sólo a mí? — pregunté significativamente.

—A los dos. A la mujer también.

Se dice «a Su Alteza», animal. Ella es una Princesa de sangre real.

—Lo siento. A Su Alteza también.

—Veremos qué dice el gran Oryus, su padre, cuando se entere de las indignidades a que ha sido sometida. De todas formas, no me fío de ese granuja de tu rey.

El rostro del orionita enrojeció.

—¡Cuando el gran Thars da su palabra, la cumple! — gritó.

—No te excites, pollo — le dije sarcásticamente —. Todavía está por ver. ¿Alteza…? — me volví, invitante hacia Iridya.

Una hora después, bañados y vestidos con trajes nuevos, nos condujeron por segunda vez a presencia de Thars. Por si acaso, yo no había querido soltar la espada que antes le arrebatara.

Pero ahora la recepción tuvo lugar en un sitio más recogido que el monumental salón del trono. En una habitación de forma circular, con divanes en casi toda la longitud de sus paredes, en uno de los cuales, recostado indolentemente, estaban Thars. Thurms, su hijo y príncipe heredero, se paseaba nerviosamente con el brazo en cabestrillo por aquel lugar y me arrojó una mirada que no era precisamente de amistad al verme entrar, siguiendo a Iridya.

Aún había otro hombre en la estancia: Epher, que permanecía, respetuoso, a un lado, y que me contempló yo diría que hasta con pavor.

Thars nos señaló uno de los asientos con gesto indolente.

—Sentaos — dijo—; tenemos mucho que hablar.

—Por el contrario — repuso Iridya, obedeciendo—; yo diría que nuestra conversación ha de ser muy breve.

—¿Ah, sí? Escucha, Princesa «de-no-sé-dónde-demonios», si te crees que yo…

Iridya se puso en pie de un salto.

—¡Basta! No he venido aquí para ser insultada Será mejor que me dejes marchar. Dijiste que nos concedías la vida, Thars.

—Y no he mentido — repuso tan fresco el Rey de Orión—. Tú y tu… satélite la tenéis garantizada. Di mi palabra y la cumpliré. El valor de tu… satélite…

—Se llama Chick y es el jefe de mi guardia personal, Thars, por si no lo sabias.

—¿Tu… guardia personal?

—Sí; no la de ceremonias, sino otra que tengo más secreta y de mi entera confianza.

—Ah, ya —dijo Thars, sin otro comentario. Luego prosiguió—: Bien; pues, como decía, el valor de… Chick, matando al dhreg… ¡Diablos!, pero si eso, con nada más que la espada, era cosa que nadie había conseguido hasta ahora.

—Lo celebro —dijo secamente Iridya—: ¿Qué más?

—El gesto de Chick ha sido suficiente para que os concediera la vida.

Y una astronave para marcharnos de Orión, Thars.

—¿Una… astronave? ¿Y por qué quieres marcharte, Iridya?

—¿Qué quieres que haga aquí? Mi puesto no está en Orión, sino en Sirio. Has olvidado que soy la Princesa heredera de aquella Confederación atengo mis obligaciones que cumplir.

—No; no lo he olvidado. Precisamente por eso he rectificado, creyendo, desde luego, en tu palabra, y quiero que te quedes.

Iridya dio un paso atrás. Yo me puse en pie, dispuesto a todo.

—Olvidas, Thars, que todavía tengo tu espada en la mano —dije, palmeando el puño del arma significativamente.

El Rey me miró de hito en hito, sonriendo desdeñosamente.

—Prueba a hacer el menor gesto hostil y verás cómo te dejo quieto para siempre. Vuelve la espalda, Chick.

Hice lo que me decían. Respingué.

Había, frente al lugar que ocupábamos, dos aberturas, largas, a modo de aspilleras, por las cuales asomaban las bocas de varias armas muy parecidas a rifles. No sé qué diablos de proyectiles podían arrojar, pero sí sé que el hecho me impresionó.

—¿Lo ves, Chick? ¿Me crees tan imbécil como para pensar que podía repetirse lo de la vez anterior? Anda, calla y deja que hable tu Princesa.

Pero, de pronto, Iridya tuvo una repentina inspiración.

—No — dijo, de manera sorprendente—. A partir de ahora, delego en Chick. Que sea él quien discuta contigo.

—¡Es un plebeyo!

—Lo era. Acabo de ennoblecerlo. Creo, si mal no recuerdo, que estabas en el borde de la arena cuando le concedí el Ducado de Sirio.

—Ah — murmuró pensativo Thars —, de modo que aquella ceremonia era la de conceder un título de nobleza, ¿eh? Bien; de todas formas, me da lo mismo. He dicho que os perdono la vida y

que tú, Iridya…

—Habla con mi representante —dijo ella, volviéndole ofensivamente la espalda. Thars enrojeció, mas logró contenerse. Medije que, aun cuando aquel fuera el último momento de mi vida, le clavaria la espada hasta la empuñadura en su grueso cuellosi volvía a insultar a Iridya.

—Está bien —dijo, dominando difícilmentesu cólera. Me miró de arriba abajo, despreciativamente, y luego siguió —: La Princesa se queda aquí. Tú puedes hacer lo que quieras.

—¿Por qué ha de quedarse en Orión Su Alteza? ¿No te ha dicho que debe regresar a su patria?

—Lo hará… en el momento oportuno. En su viaje de bodas, por ejemplo.

Palidecí. Me estaba viendo venir al fulano aquel.

—¿En su viaje de bodas?

—Sí; va a casarse con mi hijo Thurms. Así lo he dispuesto y así será.

Percibí un sofocado gemido a mi espalda. Pero Iridya, fiel a sí misma, no hizo la menor protesta.

—¡Estás chiflado, Thars! ¿Casarse… Iri… digo, Su Alteza, con ese botarate?

—¡Basta de insultos, Chick, o haré que te arranquen la lengua!

—Tú eres quien está insultando a Su Alteza al proferir la insensatez de que debe casarse con tu hijo. ¿A quién se le ocurre?

—¡Padre!, ¿dejas que me insulte? Yo estoy inválido…— protestó Thurms, y le miré, riéndome descaradamente en sus narices.

—Estabas sano y tenías una espada en la mano; ¿fue obstáculo ello para que te diera la mayor paliza que has recibido en tu vida?

—¡Padre! —chilló de nuevo Thurms, pero Thars levantó la mano.

¡Basta! ¡No se hable más! Lo que he dicho, dicho está. Tu Princesa se casará con mi hijo. Así, cuando su padre y yo, por ley natural, hayamos muerto, los dos reinos se unirán en uno solo y no habrá poder en toda la Galaxia capaz de vencerlos.

CAPÍTULO VIII

ETUVE mis frenéticos paseos por la estancia que me había sido designada, cuando sentí pasos a mi espalda.

Era uno de los servidores que me traía la «comida», lo que ocurría casi veinticuatro horas, terrestres, por supuesto, después de los últimos acontecimientos. Aunque sabía que aquellos mejunjes me dejarían satisfecho, no por ello dejé de mirarlos con desdén.

Pero me senté a la mesa, empezando a despacharlos. No llevaba tres cucharadas de la jalea, cuando me di cuenta de que el criado estaba de pie ante mí, mirándome fijamente.

—¿Qué quieres de mí? Y, a propósito, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Sydar, y soy el rey de Sydaria.

—Ah, ya, el rey de… ¿Cómo has dicho?

—Lo que has oído, extranjero.

—Llámame Chick, a secas. No me gusta ese tratamiento.

—Está bien, Chick. Te diré lo que quiero. Es algo difícil, pero no imposible. Ayúdame a derrocar a Thars y yo te ayudaré a liberar a la Princesa.

Me eché hacia atrás, recostándome en el respaldo de la silla.

—No dices casi nada, Sydar. Destronar a Thars y liberar a Iridya. ¿Pero te das cuenta de lo que eso significa? Y, además, ¿cómo diablos puedo yo tener confianza en ti? ¿Cómo puedo saber, siquiera, que eres un rey? Y, sobre todo, ¿por qué estás aquí, convertido en un miserable servidor?

Una triste sonrisa apareció en los labios de Sydar.

—Todavía debo darle las gracias a Thars. Hubo, hace bastante tiempo, una conspiración entre algunos, de los planetas que forman

su reino, con el fin de libramos de su despótica tiranía. Yo simpatizaba con los rebeldes, pero también juzgaba que no estábamos bastante preparados para lanzarnos a la lucha. Thars tiene muchos medios de información y abortó el golpe antes casi de que se diera. Solamente al hecho de que yo no estuviera directamente complicado debo la vida.

—¿Y… qué fue de los demás?

—Ayer pudiste ver sus huesos en el cubículo del dhreg que tú mataste, Chick.

Me estremecí.

—¡Rayos! Ese Thars no se anda con remilgos, ¿eh?

—Así es, Chick. Pero un hombre como tú, capaz de vencer a un dhreg es capaz, también de muchas y mayores empresas. Como, por ejemplo, la que te he insinuado.

—¿Insinuar? ¡Caramba, pues si me lo llegas a decir a las claras…! Vamos, vamos, Sydar, no me hagas reír…—había terminado la comida y aparté los platos—. Anda, lárgate y déjame en paz con tus cuentos.

—No son cuentos, Chick; es la pura verdad. La anterior sublevación fracasó porque se hizo desde afuera. Pero ahora se haría desde dentro, ¿me comprendes?

—Sí. Déjame en paz —una de las cosas que había recuperado eran mis cigarrillos y encendí uno con toda parsimonia—. No quiero más líos; bastantes he tenido ya desde que llegué aquí.

—Están preparando todo para la boda de tu Princesa con Thurms.

—¿Puedo yo impedirlo? — me golpeé el pecho con ambas manos.

—Creí que lo intentarías, Chick.

—He recobrado la cordura, Sydar. No, ni hablar.

—Entonces, ¿no te importa que la mujer que amas se case con otro?

Me puse en pie de un salto, derribando la silla. Sydar se asustó un tanto, pero en seguida se recobró.

—¿Quién te ha dicho que yo ame a Su Alteza? Ella es algo que está a cien codos por encima de mí y…

—Según dijo ella, tú eres el Jefe de su guardia personal y secreta.

—Veo que estás muy bien enterado de las cosas, Sydar — dije, pero el otro no se dio por aludido.

—Un jefe de la guardia personal, encargado de la custodia de una Princesa real, no toleraría un matrimonio de tal índole, especialmente cuando no ha sido autorizado por Oryus, su padre.

—Me parece que te estás metiendo en cosas que no te incumben, Sydar.

—Trato solamente de unirte a nosotros, Chick.

—Para que Thars se harte de nosotros y nos arroje al foso de los dhreg. No, gracias; no tengo el menor deseo de repetir la lucha.

—Fue algo magnífico, desde luego, Chick.

—Ahórrate los elogios… y a mí de tu presencia. Déjame en paz.

—Veo que no te fías de mí, Chick.

No contesté, dejando que el silencio fuera mi más elocuente respuesta. Con las manos a la espalda, me acerqué a la ventana, contemplando la incomparable maravilla que era Tharsia, que aparecía a mis pies. Terminé de fumar el cigarrillo, y lo pisoteé con rabia.

Sydar tenia razón. Era preciso, a toda costa, no solamente impedir el matrimonio de Iridya con Thurms, sino también procurar el largarnos cuanto antes, del modo que fuera, de aquel mundo tan remotamente alejado del nuestro. Pero, ¿cómo?

—¿Sabes que Thurms ha tenido ya tres o cuatro esposas?

Me volví, girando en redondo.

—Pero, ¿todavía estás aquí, Sydar?

Éste continuó, impasible.

—Thurms ha estado casado tres o cuatro veces.

—Pues los pleitos de divorcio la habrán costado un dineral.

—Ni un céntimo. Todas sus mujeres han muerto asesinadas.

— ¡Diablos! ¿Tenemos un nuevo Enrique VIII a la vista?

—No sé a qué rey te refieres, pero es la pura verdad, ¿Sabes lo que ocurrirá? Thars dice que ese matrimonio es para consolidar una alianza con la Confederación de Sirio, pero, en realidad, es sólo un capricho de Thurms. A ninguno de los dos les interesa Sirio, ni su rey, ni su Princesa lo más mínimo. Quisiera que entendieras mis razonamientos, Chick.

—Demasiado, Sydar. ¡Valiente pareja de sinvergüenzas!; es decir, si resulta cierto cuanto me has contado.

—Puedes comprobarlo cuando quieras. Pregunta, pregunta; creo que tienes el paso libre por todo el palacio real, ¿no?

—Supongo.

—Entabla relación con unos y otros, y no faltará algún despechado que te confirme cuanto yo te he dicho. ¿Sabes lo que ocurrirá cuando Thurms se haya cansado de Iridya?

Me estremecí.

—No me lo digas, Sydar. ¡Pero todavía no se han casado!

—Lo harán… si tú, yo y algunos más, no lo impedimos.

Avancé hacia él, pero de repente cambié la expresión de mi rostro.

—Bueno, Sydar; creo que, como broma, ya está bien. Una conversación muy interesante, gracias. —¿Debo creer que no te he convencido, Chick?

—Cree lo que te parezca. Por mi parte, quisiera meterte en la cabeza que deseo estar solo.

—Muy bien, pues — Sydar se inclinó y, tomando la bandeja, se retiró.

Pero, ya en la puerta, se volvió hacia mí.

—Yo estoy vivo porque me alienta la esperanza de librarme algún día de quien me ha reducido a la condición de un esclavo. Tú estás libre, pero… ¡no me cambiaría por ti! ¡No compraría mi libertad dando a cambio a la mujer que amo!

—¡Largo! —chillé, perdiendo ya los estribos, y Sydar se esfumó precipitadamente, temiendo que le arrojase la silla que tenía en las manos.

Durante unos minutos permanecí en aquella posición, contemplando fijamente la puerta.

Sydar tenía razón. No sé cómo lo había visto, ni de qué diabólicas artes se habla valido para enterarse de mis sentimientos, pero había hundido el dedo en la llaga, en toda su longitud.

¡Amaba a Iridya!

Esta era la verdad, una verdad que, tratándose de cualquier otra mujer me habría llenado de alegría y, en cambio, ahora, lo único que hacía era conturbar mi corazón más de lo que ya estaba. Paseé nervioso por la estancia, turnando un cigarrillo a grandes chupadas.

Pero, no solamente era ese problema el que me preocupaba, problema que, en todo caso, era de índole completamente privada.

Había otro que me calentaba el cerebro hasta lo indecible.

«No te vuelvas sin la princesa o, de lo contrario, te cortaré las orejas», me había dicho «Barrabás», mi jefe. Y cuando éste daba una orden, había que cumplirla, aunque fuera meterse de cabeza en el infierno. Yo tenía que volver con Iridya a la Tierra o, de lo contrario, ya podía buscarme un planeta deshabitado para pasar allí el resto de mis días.

Pero, ¿cómo? Esta era la pregunta que torturaba mi mente, haciéndola funcionar sin descanso y, por más que me devanaba los sesos, no hallaba la solución por ninguna parte.

No sabía ya qué hacer, cuando de repente, Epher entró en la habitación.

—Está todo ya dispuesto para tu marcha, Chick — me dijo.

—¿Tan pronto?

—Creíamos que querías volver a tu mundo lo antes posible.

—Desde luego; pero no sin la Princesa. Así que no tengo ninguna prisa.

—Harto sabes que eso es imposible; ha de casarse con Thurms.

—¿Thurrns, eh? Tengo entendido que es una especie de Barba Azul.

—¿Barba Azul? Oh, no; se afeita a diario.

—No me has entendido, Epher. Pero te haré otra pregunta. Ese… ese criado que me sirvió la comida, ¿cómo se llama?

Epher frunció el ceño;

—¿Ya te ha contado la historia que cuenta a todos a quienes sirve? ¡Pobre hombre!, está loco de remate. Sólo que como hasta ahora se ha portado pacíficamente, no hemos creído necesario internarle…

—Ah, ya — sonreí, pero de labios para afuera—. De todas formas, ¿habría algún inconveniente en que me quedara para asistir al matrimonio de Sus Altezas?

—Pues…—Epher se rascó la barbilla meditabundo y agregó—. Creo que no. En todo caso, no estará de más que lo consulte, ¿no te parece?

—Encantado por mi parte, Epher.

—Pues entonces, si no te molesta esperarme unos momentos…

—Al contrario, Epher; será para mí un placer.

Epher se marchó y hube de contener una carcajada de Júbilo.

¡Ahora ya sabía quién mentía y quién decía la verdad!

Busqué algo que me sirviera para llamar. A la cabecera de mi lecho hallé un pulsador que oprimí. Quería ver a Sydar de nuevo, pues sabía que este había dicho verdad.

Pocas palabras había cruzado con Epher, pero habían sido las suficientes para que la luz se hiciera en mi cerebro. En un mundo tan adelantado como aquel, no podían existir los locos. No los había en la Tierra, puesto que todos eran tratados médica o quirúrgicamente, suprimiéndoles, incluso por medio de la hipnosis, las manías que les afectaban, ¿por qué había de haberlos en un lugar mil veces más adelantado que nuestro viejo planeta? Epher había sido listo, pero no lo suficiente para mí.

Sydar apareció al fin, después de un tiempo que se me hizo agónicamente largo.

Me fui hacia él, cogiéndolo por un brazo.

—Escucha, Sydar; tenemos que largarnos de aquí. Mi vida no lo sé, pero la tuya corre un grave riesgo.

Le conté en pocas palabras la entrevista sostenida con Epher y Sydar estuvo en un todo de acuerdo conmigo.

—Perfectamente, pues. Vámonos ahora mismo. Yo iré a cierta distancia tuya —me dijo—, pues no he de olvidar que soy un criado. Si nos vieran caminar emparejados, sospecharían.

—Pero… ¿y la Princesa Iridya?

—Déjala. Por ahora no corre peligro alguno Thurms está ciego por ella y no la molestarán. Sígueme, ¿quieres?

Quemando mis naves, eché a andar tras Sydar, quien me condujo hasta uno de los ascensores, en el que nos metimos. Un par de nobles de la corte de Thars nos miraron, apartándose del criado con visible repugnancia, en tanto que procuraban no mirarme a mí de otra forma que no fuera de reojo.

Cuando el ascensor se detuvo, salimos detrás de los cortesanos. Ellos tiraron por un lado y nosotros por otro, hasta que, de pronto, me di cuenta de que Sydar me llevaba, nada menos, que al salón del trono.

—¿Qué pintamos nosotros aquí? — inquirí, bastante extrañado.

—Ya lo verás — dijo él con una sonrisa misteriosa—, Sígueme.

Un ejército de criados y esclavos estaba engalanándolo para la ceremonia que iba a tener allí lugar. Algunos de ellos dejaron su

tarea para mirarme, con no disimulada admiración, pero la áspera voz de algún intendente los hizo volver al trabajo con rapidez.

Sydar continuó precediéndome, hasta que llegamos casi al final, a la izquierda de la colosal calavera que cubría el estrado. Una vez allí, se volvió y se detuvo.

Estábamos a la parte opuesta de una columna que nos ocultaba, con su inmenso grosor, a la vista de los esclavos y de sus cuidadores. Sydar se acercó de pronto a la columna y puso la mano en determinado lugar de la misma.

Ante mis asombrados ojos, un trozo del fuste se deslizó a un lado, dejando ver una negra abertura por la que, uno a uno, con grandes dificultades, nos deslizamos. Luego, el suelo en que nos hallábamos comenzó a descender.

—¿Dónde estamos y adónde vamos, Sydar? — pregunté de una vez.

—A un sitio…; pero ya lo verás. Por favor; te suplico un poco de paciencia. Entre paréntesis, te daré las gracias.

El ascensor construido en el hueco de la columna se detuvo. Mientras bajábamos, no había habido ninguna iluminación, por lo que al abrirse la puerta del artefacto, la que allí había nos deslumbró.

Antes de que pudiéramos parpadear por segunda vez, alguien gritó:

—¡Matad a Sydar!

Cuatro hombres, todos ellos armados con espadas, *se* precipitaron hacia nosotros. Epher, detrás de ellos, era quien había dado la orden.

Pero Sydar no estaba desprevenido. De entre los pliegues de su túnica, sacó una espada, arma que parecía ser consubstancial a todos los pueblos de la Nebulosa, y se aprestó a defenderse. Los aceros rechinaron a los primeros golpes.

Decidí que yo no podía quedarme quieto. Esquivando a uno de los orionitas, salté por detrás de él, retorciéndole el cuello con mi brazo. El guerrero cayó al suelo, y su espada pasó a mis manos.

Otro hombre se desplomó, apretándose la ancha herida recibida en el costado, y de la que salía un caño de sangre, con las manos. Los dos que quedaban fueron tarea fácil para Sydar.

Epher vio la partida perdida, y trató de echar a correr. Pero la

espada que le arrojó Sydar fue mucho más rápida que él. Le entró con un crujido siniestro, por la nuca, fulminándolo en el acto.

Rabioso, Sydar dio una patada a su cadáver.

—¡Un traidor menos! —dijo, agregando—: ¡Sigamos, Chick!

Nuevamente ¡Sydar tanteó los muros y, como la vez anterior, una trampa apareció ante nuestros ojos. Pero no en la pared, sino en el suelo.

Me miró sonriente.

—Esta sí que no la conoce ni el mismo Thars. La hemos hecho nosotros para el día…

—¿«Nosotros», has dicho?

—Sí; todos cuantos están conmigo y que desean el derrocamiento del tirano. Vamos; la hora ha llegado ya.

Descendimos rápidamente las escaleras, sintiendo cómo se cerraba la trampa sobre nuestras cabezas. Veinte peldaños más abajo, nos hallamos en una sala de dimensiones más reducidas que la anterior, y en la que vi diversos aparatos científicos así como…

—¡Mí pistola neurónica! — grité, lleno de alegría.

CAPÍTULO IX

XAMINÉ el indicador de carga. Ésta se había repuesto ya por completo y tenía la suficiente para derribar a un regimiento de orionitas. Me volví hacia Sydar.

—¿Cómo lo has conseguido? — inquirí.

—¿Acaso crees que soy yo el único «amigo» de Thars? — dijo, acercándose a uno de los aparatos científicos y manipulando en sus diales.

Observé atentamente sus gestos y cuando terminó volví a la carga:

—¿Qué diablos has estado haciendo, Sydar? Eso que veo ahí me parece un transmisor, pero no sé…

—Tienes razón, en cierto modo, Chick. He estado poniéndome en contacto con algunos amigos.

—¿Para… para dar el golpe?

—Si.

—Y… ¿cuándo va a ser?

—El mismo día de la boda de Thurms con Iridya.

—El palacio estará rodeado de guardias armados hasta los dientes.

Sydar se echó a reír.

—Algunos de esos dientes — dijo —, serán nuestros, Chick.

—¡Diablos! Entonces, ahora me explico por qué ha aparecido aquí mi pistola neurónica.

—Había dos: la de su Alteza y la tuya, y estaban en los laboratorios de Thars. Uno de los que están de ayudante en ellos es… digamos amigo mío, si te parece bien.

—¡Magnífico! —dije, echando al aire la pistola y cogiéndola al vuelo por la culata, tras algunos malabarismos que dejaron a Sydar boquiabierto. Luego me la puse en el cinturón.

—¿Qué haremos entretanto?

—Pues… esperar, Chick. Es el único recurso que cabe.

—Si, en eso tienes razón; pero, ¿no sería posible enviar un mensaje a la Princesa? Me gustaría que supiera de mí.

—Puede hacerse, en efecto, Chick; mas no lo Juzgo oportuno. Acaso nos descubrieran, con lo que perderíamos la ocasión, ¿comprendes?

—Sí, claro; así es mejor, pero…

Durante varios días permanecimos en aquel subterráneo, dejando transcurrir el tiempo de una manera que a mí se me hacía interminable. Sydar demostró ser un hombre previsor, pues teníamos alimentos y bebida en cantidades suficientes, y, además, no paró de hacer contactos por radio con sus amigos, disponiéndolo todo para la fecha fijada. Pero, así como él encontró distracción suficiente, yo me consumía encerrado en aquel sótano, sin poder dar señales de vida.

Hubiera dado algo de bueno por poder informar a Iridya de que velábamos por ella, pero tenía que reconocer que el silencio y la sorpresa eran lo más importante para nuestro plan de acción, que iba siendo combinado, en el transcurso de los días, por Sydar, meticulosamente, sin dejar un cabo suelto. No podíamos exponernos a que Iridya, inconscientemente, por supuesto, nos traicionase; la alegría de saber que alguien trabajaba por su libertad podía reflejarse en su rostro, y bastante revuelo, por otra parte, habrían levantado nuestras desapariciones.

Con gran alivio por mi parte, llegó el día en que Sydar, al fin, dijo;

—Chick, éste es el momento. Coge tu pistola neurónica y una espada.

Entonces sentí una cosa muy curiosa. Las piernas me temblaron y hube de buscar un sitio donde sentarme.

—¿Qué te ocurre, Chick? — dijo Sydar, intrigadísimo—: ¿Acaso no te encuentras bien?

—No… no es eso… Es que… es que no creí que llegase este día nunca y…

—¡Vamos, vamos! — dijo Sydar, sonriente —. Dentro de muy poco, tú tendrás a tu Princesa y yo mi trono de nuevo en Sydaria. Alguien, Justo y recto, gobernará la Nebulosa, y el poderío de Thars y sus secuaces se habrá extinguido para siempre.

No salimos por el mismo lugar que hablamos venido, sino por otro pasadizo abierto en la parte opuesta, convertidos en dos guerreros orionitas, pues Sydar lo había previsto todo. Así podríamos pasar mejor desapercibidos, aunque había una cosa que me molestaba bastante, y era la pistola neurónica, mal escondida debajo de la coraza que me había puesto. Su culata se me incrustaba en la carne, pero procuré disimular el malestar que me producía.

Aguardamos la ocasión propicia, y en el momento oportuno, nos mezclamos con unos cuantos soldados que, ociosamente, aguardaban su turno para formar parte de la regia comitiva. Ninguno nos hizo la menor pregunta ni, desde luego, se fijaron en nosotros. Tipos como Sydar y yo los había a centenares por todas partes, y su sola visión me hizo dudar de la empresa que habíamos planeado.

Alguien gritó de repente, y los soldados se apresuraron a entrar en formación. Yo procuré, en todo momento, imitar a Sydar, pues éste conocía de sobra las costumbres orionitas, y así nos metimos en una tropa de guerreros que avanzó hacia el palacio en columna cerrada. Nuestros pasos resonaban rítmicamente en el liso pavimento, y de reojo vi la inmensa muchedumbre que se había congregado para presenciar el que prometía ser fascinador espectáculo.

Siempre caminando con ritmo preciso, llegamos al palacio, cuya inmensa explanada se hallaba ya cubierta por un incalculable gentío. Una enorme escalinata, terminando en una colosal puerta semicircular, adornada con rarísimas esculturas, era la entrada, y por allí debajo se deslizó nuestra columna, encaminándonos a un lugar que de sobras yo conocía.

El oficial que nos mandaba dio una seca orden, y entonces la columna se partió en dos filas, colocándonos a ambos lados del gigantesco salón, bajo las arcadas de las columnas. Quedamos de pie, con las piernas levemente separadas, los unos frente a los otros, y el puño en el de la espada. Sydar estaba casi frente a mí y mis

ojos no se separaban de los suyos.

El tiempo empezó a pasar. Interminablemente lento. Mientras, los nobles y cortesanos fueron ocupando sus puestos, inmediatamente detrás de nosotros, con objeto de dejar la inmensa explanada del salón completamente despejada. Salvo algunos aislados cuchicheos, el silencio era absoluto.

De pronto, un toque de clarines anunció la entrada de Thars. Todos los ojos se volvieron automáticamente hacia la puerta.

Vestido de una manera impresionante, teniendo a su izquierda a su hijo, el Rey de toda la Nebulosa de Orión penetró, con lentitud perfectamente calculada, en el salón del trono. Iban les dos solos, seguidos a corta distancia por tres o cuatro dignatarios de su más íntima confianza; sus ministros, supuse.

Tardaron una enormidad en llegar al trono. Thars se volvió, quedando en pie en lo alto del estrado, en tanto que Thurms, ya curado de su dislocación, quedaba en el primer escalón, mirando desafiante en torno suyo. Procuré no volver la cabeza para evitar ser reconocido, pues la distancia que nos separaba era relativamente pequeña.

Otro retumbante clarinazo nos anunció la entrada de Iridya. El corazón se me paró en el pecho al verla en la puerta, vestida y alhajada como jamás mujer alguna lo ha estado. Las Joyas que llevaba encima habrían servido para desempeñar la deuda pública de los Estados Unidos y aún hubiera sobrado para un par de espacionaves.

Vaciló bajo el dintel, pero sólo fue un segundo. Luego, rehaciéndose, altiva y orgullosa, avanzó, sola, reflejándose su bellísima imagen en el espejo del pavimento, hacia el horrible destino que la aguardaba.

Al pasar frente a mí, hubiera querido llamarla. Pero no osé hacerlo; temí echar a perder, con mi precipitación, todo el plan concebido, y cuya dirección estaba en manos de Sydar. Había de aguardar, todavía, algunos momentos.

Al fin, Iridya se detuvo en las gradas del trono. Thurms la contempló de una manera que me asqueó y en los labios de su padre apareció una sonrisa de satisfacción. Thais alzó los brazos por encima de las cabezas de ambos jóvenes, y en aquel momento estalló un grito.

— ¡Muera Thars! ¡Abajo el tirano! ¡Orionitas que no estáis conformes con su reinado, seguidme! ¡Soy Sydar, rey de Sydaria!

De un salto, Sydar, con la espada desenvainada y en alto, se había plantado en el centro del salón, interrumpiendo bruscamente la ceremonia recién comenzada. Thars y su hijo se quedaron atontados durante unos segundos, como si no comprendieran lo que ocurría, y luego entraron en acción.

Al mismo tiempo que gritaba Sydar, yo había saltado también al centro del salón, tratando de sacar la pistola. Pero la condenada se me había enredado entre las ropas y la coraza, y ello me hizo perder unos segundos preciosos.

Al oír los gritos de Sydar, se estableció allí una terrible confusión. La gente empezó a pelearse unos con otros, así como los soldados se enzarzaron en una multitud de luchas individuales, en tanto que Sydar y yo procurábamos abrirnos paso hasta el trono, cuyo pie había sido ocupado por unos cuantos fieles a Thars y que, al parecer, estaban dispuestos a perder su vida defendiéndolos.

Thurms se arrojó sobre Iridya, cogiéndola en sus brazos y tratando de huir con ella. Pero la Princesa era fuerte y decidida, y se resistió todo lo posible, tratando de evitar los propósitos de Thurms. Éste, harto, la soltó un terrible puñetazo en la mandíbula que la derribó medio desvanecida, con lo cual Iridya cesó ya de oponer resistencia, Luego, cargado con ella, ascendió al estrado, colocándose al lado de su padre, quien también había desenvainado su espada.

La maldita pistola neurónica me hizo perder, como he dicho, un tiempo precioso, y en un tris estuvo que no perdiera también la vida. Uno de los leales a Thars se me echó encima, tirándome una furiosa estocada que, a no andar yo listo, allí concluyera con mis penas. Pero lo esquivé, saltando a un lado, y luego, sin la menor consideración, lo tumbé patas arriba de un fenomenal puntapié en el bajo vientre que lo hizo estallar en agudísimos alaridos.

Al fin logré hacerme con la pistola. Con ella en la mano izquierda y la espada en la mano derecha, me lancé hacia el trono. Sydar estaba ya allí, luchando ferozmente con algunos de sus fieles, contra la guardia de Thars. Había varios caídos ya en el suelo, y la sangre vertida comenzaba a hacerlo resbaladizo.

Colocándome lateralmente, empecé a soltar descargas

neurónicas. A medida que los orionitas iban siendo alcanzados, se desplomaban, convulsos y aullantes en el suelo, y el paso no tardó en quedar expedito. Pero, cuando nos disponíamos a dar el definitivo asalto al trono, Thars, su hijo y la Princesa, desaparecieron por el pasadizo que había tras él trono.

Traté de arrojarme contra aquel muro, pero entonces, y pese a mis esfuerzos, Sydar tiró de mí. Lo hizo con harta oportunidad, pues apenas habíamos vuelto de nuevo atrás, la colosal calavera Que servía de macabro dosel al trono, se desplomó con aterrador estruendo, fragmentándose en mil pedazos que se expandieron en todas direcciones. Agudos chillidos de dolor resonaron de los infelices que habían quedado aplastados bajo aquella inmensa mole. Recuerdo que uno de ellos quedó bajo uno de los inmensos rubíes que hacían de ojos del cráneo, y su sangre, roja, se confundió con el color escarlata de la inmensa gema.

Estuve a punto de tirarme de los cabellos en mi desesperación.

—¡Se la han llevado, Sydar! ¿Qué podemos hacer ahora?

—Sígueme — dijo el rey de Sydaria, volviéndose y tratando de encaminarse hacia la puerta de entrada.

Pero era más fácil decirlo que hacerlo. Todo el colosal salón se había convertido en un inmenso campo de lucha, en el que se peleaba ferozmente, a muerte sin dar ni pedir cuartel. Mis disparos neurónicos, dirigidos por un igual a amigos y enemigos, nos hubieron de abrir brecha, por la cual, seguidos de unos cuantos leales que reunió Sydar, nos lanzamos adelante, hendiendo la inmensa marea humana con relativa facilidad.

En la puerta del palacio nos detuvimos un momento. También allí se peleaba de fuerte y, la verdad, yo no distinguía quiénes eran amigos ni quiénes eran nuestros rivales. Toda la inmensa explanada se había convertido en un colosal campo de batalla, cuyo suelo empezaba a enrojecerse profundamente.

Dos hombres, luchando ferozmente se acercaron a nosotros. Sydar los observó atentamente y luego se lanzó a fondo, atravesando a uno de ellos de parte a parte. El orionita lanzó un atroz aullido, y se desplomó. Al otro le ordenó unirse a nosotros.

Descendimos, sin dejar de pelear, la larguísima escalinata. Yo no sabía dónde era conducido, pero, desde luego, no me quedaba otro remedio que seguir a mi amigo. Todo lo que no hiciera él no valía

la pena de hacerse, y sin su ayuda, yo hubiera acabado por perecer allí sin remisión.

Que la conspiración de Sydar había estado bien planeada, lo demostraba el hecho de que más de cien hombres, aullando como energúmenos, nos siguieran decididamente. Nuestro irresistible empuje abrió paso con facilidad, y en pocos momentos estuvimos al pie de una serie de grandes puertas, que fueron abiertas sin ningún inconveniente.

Vi allí una serie de raros vehículos, parecidos, en síntesis, a un huevo partido longitudinalmente por la mitad. Hada uno de ellos tendría capacidad para una docena de hombres y en ocho o diez de aquellos artefactos, nos metimos todos,

—¿Dónde diablos nos llevas, Sydar?

—Al único punto donde Thars puede estar con relativa seguridad, al astropuerto real y dicho esto, puso en marcha al huevo.

El vehículo abandonó al instante el contacto con el suelo. Luego, con brusco empuje, partió con la rapidez de una flecha hacia adelante, sin tocar el pavimento, manteniéndose a una distancia de diez centímetros de él, con lo cual la marcha se hacía suavísima, sin la menor trepidación.

El suelo se deslizaba vertiginosamente bajo nuestros pies. La autopista o lo que fuera, hacia numerosas curvas, salvando diversos obstáculos del terreno, y en ellas el coche se ponía literalmente de costado, a fin de evitar los efectos de la fuerza centrífuga. De pronto, Sydar lanzó un grito.

—¡El astropuerto! —y lanzó el coche a fondo, a punto de hacer estallar su motor.

A lo lejos, frente a nosotros, habla una inmensa llanura, alumbrada de un modo siniestro por aquel sol de color naranja. Variasnaves, ahusadas, de tipo cohete atmosférico, brillaban esplendentemente y, de pronto, vimos cómo en la base de una de ellas aparecía un chorro de llamas. El enorme cohete se tambaleó unos segundos, como si fuera a caerse, trepó unas decenas de metros, pareció detenerse, y al fin, con súbito arranque, partió con atronador silbido.

La guardia del campo no nos opuso la menorresistencia al vernos llegar. Por su jefe nos enteramos de que Thars, su hijo e

Iridya habían marchado en aquel cohete, y al enterarse el hombre de la defección de quien hasta entonces había considerado como su rey, se puso incondicionalmente a nuestra disposición.

—Me alegro — dije —; así, con que nos proporcione una nave…

—Estoy dispuesto a ello — dijo —. Tú mismo puedes elegirla.

—Queda en pie un problema — terció entonces Sydar.

—Saber dónde se han ido.

—Eso es fácil —dijo el comandante del astropuerto—. Venid conmigo a la sala de trayectorias.

El hombre se dispuso a trabajar ante una serie de impresionantes máquinas que me recordaron los cerebros electrónicos de mi mundo. Durante unos minutes estuvo haciendo preguntas por escrito que luego insertaba en el formulador, pasándolas luego a las computadoras y de aquí a los verificadores.

Fue un rato interminablemente largo el quepasó, antes de que el hombre se volviera hacia nosotros, y en su rostro adiviné algo que no era nada agradable. Vaciló antes de hablar.

—Están… están…

—¡Habla de una vez! — rugió Sydar.

—La espacionave ha sufrido una avería y…, y… al intentar la transición espacial ha caído… ha caído en Goria.

—¡En Goria! — exclamó Sydar, palideciendo intensamente.

—¡En Goria! —repitió, lívido, Darr.

CAPÍTULO X



L casco traductor me hacía entender perfectamente las palabras que pronunciaban mis interlocutores. El orionita es un lenguaje complicadísimo, harto difícil de entender, pero aquel artefacto hacía que entendiera las palabras de Sydar y Darr como si hablaran mi lengua con toda claridad. Los vi pálidos, temblorosos, como si de repente las piernas se les hubieran convertido en mantequilla.

Me impacienté.

—Pero, bueno, ¿puede saberse qué diablos es eso de Goria? ¿Acaso es el infierno?

—Algo por el estilo, Chick: —me contestó Sydar—, Yo ya había oído hablar de la impericia de Thars y de su hijo como astropilotos, pero, francamente, no les creí tan ignorantes.

Muy bien, Sydar; sin embargo, eso no me aclara el…

—Te lo diré — murmuró el rey de Sydaria con un suspiro—: Goria es un asteroide, de apenas unos centenares de kilómetros de eje, situado a un par de años luz de aquí, y en el cual, la vida humana, tal como la concebimos nosotros, es algo imposible.

—¿Por qué?

—En primer lugar están las ciénagas. Y luego sus habitantes; quiero decir los de las ciénagas. Feroces monstruos que luchan y se despedazan entre si y que sólo aguardan ocasiones como la presente para devorar al incauto que, por error o desgracia, cae en Goria. Todo el asteroide es un puro pantano y no hay en él ni un kilómetro cuadrado siquiera donde asentar el pie.

—¡Bonito panorama me pintas, Sydar! — exclamé.

—Es la pura verdad, Chick. De nada serviría andarme con rodeos contigo.

—¡Pero mi deber es rescatar a la Princesa! ¡Yo tengo que ir allí!

—Lo siento, Chick, pero no hallarás quien te acompañe. Todos somos capaces de jugamos la vida, siempre que haya aunque sólo sea una probabilidad contra mil de salvarla. Pero en Goria no existe siquiera esa probabilidad.

—¡Rayos, no! No puedo ser la cosa como dices, Sydar.

—Te juro, Chick, que todo cuanto te he dicho es cierto.

—A pesar de todo, yo iré a Goria.

—Tendrás que hacerlo solo, Chick; y si mal no recuerdo, no tienes la menor noción de astrogación interestelar.

—Alguno, con el señuelo de una fuerte recompensa, querrá acompañarme.

—Lo dudo. Sal fuera, Chick, y pregúntalo. ¿Quieres que te dé la respuesta de antemano?

Lo miré con desprecio.

—Después de todo lo que he hecho contigo, pensé que tú serías capaz de arriesgarte conmigo, Sydar.

—Es lógico que quieras salvar a la persona que amas, Chick…

—¡No la amo! —mentí—. Mi deber y mi obligación consisten en llevarla a la Tierra, sana y salva, y lo haré o pereceré en el empeño.

—A estas horas, Iridya, Thars y su hijo estarán muertos. Todo cuanto se haga por ellos es en vano. Si no me crees — Sydar meneó la cabeza en dirección al jefe del astropuerto y al operador de trayectorias—, Darr y su hombre podrán confirmártelo.

—Está bien. Saldré afuera. No dejará de haber alguien que quiera jugarse el tipo conmigo. Pero, ya veo lo que ocurre, Sydar; has recuperado tu trono y todo lo demás te trae sin cuidado.

—Sin mirarlo hice lo que decía. Y, tal como había pronosticado Sydar, mi fracaso fue absoluto. Nadie quiso arriesgarse.

Sintiendo gravitar una losa de plomo sobre mis hombros, me dispuse a volver al interior. Pero, entonces, alguien gritó.

—Oye, extranjero, ¿qué me prometes si voy contigo?

Me volví en redondo. Un hombrón, al menos de dos metros de estatura, con el rostro cubierto de cicatrices y la espada todavía tinta en sangre, sonreía de un modo abierto.

—Lo que pidas… en nombre de la Princesa Iridya. Te cubriré de

oro de pies a cabeza.

—Eso me gusta, extranjero.

—Me llamo Chick.

—Y yo Rogg. ¿Te hace falta un astropiloto, eh?

—¿Lo eres tú?

—Y de los buenos. Pero un maldito error en los cálculos de una transición espacial fue mi perdición. Me arrojaron a la tropa y contento estoy de que no me despellejaran vivo. Nunca ha estado contento con los pies en el suelo, y ¿voy a desperdiciar una ocasión de volar por el espacio, ahora que la tengo entre, manos?

—¿Ya sabes a los peligros que nos exponemos, Rogg?

El gigantón soltó una estrepitosa carcajada.

—Dicen que Goria está llena de dhregs. ¡Bah! Si lo fuera de tipos como yo… ¡Vamos, ¿Chick!

* * *

Volábamos a baja altura sobre Goria. Sydar había tenido razón, y de sobras.

Rogg había demostrado ser un astropiloto de primera, y en pocas, pero hábiles maniobras, nos había llevado a las inmediaciones del asteroide, acercándonos luego hasta escasos kilómetros de su superficie, alrededor de la cual habíamos establecido una órbita variable, a velocidades planetarias, con el fin de ir rastreando, por medio de los detectores, la nave en la que fuera raptada Iridya.

He dicho que Sydar había tenido razón. No me había mentido, porque el aspecto de Goria era de lo más tenebroso que se puede dar. Alejado de los soles que iluminaban los planetas habitables de la Nebulosa, vivía en un perpetuo crepúsculo que ponía constantes tonalidades grises, de un lúgubre aspecto, al espeso cendal de nubes que lo envolvía como una cáscara de la cual no podía despojarse jamás. De vez en cuando, las nubes eran agitadas violentamente, sin duda por alguna explosión de los gases pantanosos o algún tifón provocado por la tremenda diferencia de temperatura entre las capas altas y bajas de la opaca atmósfera del asteroide.

Calculé su diámetro en unos cuatrocientos kilómetros, cosa que luego me confirmó Rogg, lo que motivaba que, aún a baja altura, su

curvatura fuese visible perfectamente. Rogg me explicó también que en Goria había una gravedad normal, tipo Tierra, debido a la gran densidad de su masa, cosa que explicaba la retención de su atmósfera. De no haber sido así, aquel colosal pedrusco, cuya redondez no era estrictamente geométrica, hubiera carecido de aquella capa atmosférica, por rara casualidad respirable, y cuya altura parecía ser de unas cuantas decenas de kilómetros. Naturalmente, las nubes estaban mucho más bajas, prácticamente a ras del suelo, y esto nos impedía la visión de cuanto había debajo de ellas.

Durante largas, interminables horas, estuvimos dando vuelta al planetillo, a la velocidad mínima compatible con la estabilidad de nuestra nave, con los nervios en tensión, aguardando, expectantes, cualquier indicación de los detectores, dotados de aparatos selectores especiales con el fin de separar las detecciones de la masa mineral de Goria de cualquier otra en relativo estado de pureza, como tenía que ser, por lo menos, la cáscara de la astronave allí caída.

Pero, de pronto, cuando ya empezaba a pensar que las noticias que me habían dado en la sala de trayectorias de Tharsia eran un infundio, Rogg lanzó un grito.

—¡Ya están! ¡Ya los tenemos! —y su dedo índice señaló un punto en la verdosa pantalla, más brillante que los demás que la constelaban por completo.

—¿Estás seguro? — inquirí.

—Que me echen de nuevo con los guerreros si lo que digo no es verdad, Chick. Empeño en ello mi reputación.

—¡Dios te oiga! — exclamé fervorosamente, y el astropiloto se dispuso a hacer las maniobras necesarias para tomar tierra al lado de la otra espacionave.

Durante unos largos minutos descendimos muy lentamente, atravesando la densa capa de nubes que nos impedían la visión y que se arremolinaban, silbando furiosamente al ser hendidas por los chorros de escape planetarios. Pero, de pronto, sentí una leve sacudida y el aparato se detuvo en pie.

—He procurado dejarlo en un trozo de terrenorelativamente sólido, Chick —me dijo Rogg—. No obstante, si no hallamos pronto a tu princesa, me parece que tendremos que largarnos.

—Yo no me iré sin ella — dije resuelto.

—Lo sé, Chick. De todas formas, confió en que así sea. No han podido alejarse mucho de su nave, porque ésta les ha proporcionado refugio seguro… si no han cometido la tontería de desembarcar.

—¡Andando!

Cogiendo nuestras espadas, y por mi parte, la pistola neurónica, nos dirigimos a la compuerta inferior. Al abrirla, una bocanada de aire fétido, caliente, con un olorcillo picante que irritaba la pituitaria, nos golpeó la cara. Serpientes de nubes giraron en torno nuestro, envolviéndonos con sus hediondas volutas, pero haciendo acopio de valor, nos dispusimos a bajar.

Aquel mundo parecía una cosa, muerta. El silencio pesaba tanto como la constante semioscuridad en que estaba sumido, dándole aspecto de padecer eternamente un tétrico crepúsculo.

La espacionave, tal como dijera Rogg, había aterrizado en un terreno relativamente firme. Pero estaba rodeado aquel islote por una ciénaga cuyo fin no se podía ver, y de la cual salían, con bastante frecuencia, sordos gorgoteos, producidos por la expansión de los gases mefíticos que se originaban en el seno de la masa líquida. Plantas de todas las clases, de tipo pantanoso, naturalmente, y de unas formas y variedades como yo jamás habla visto, surgían dela masa semisólida, retorciendo sus atormentadas extremidades arbóreas en la capa de nubes que se arrastraba perezosamente a pocos metros del suelo

—Como ves—dijo Rogg—, las posibilidades de supervivencia son poco menos que nulas. Todo el resto del asteroide es exactamente igual a lo que estamos viendo.

—Cabe el recurso de que no hayan desembarcado, aguardando ser rescatados.

—Quizá — dijo Rogg, solamente, empezando a descender por la escala. Le imité y dos minutos más tarde, pisábamos el suelo de Goria.

Sin una vacilación, Rogg echó a andar, pues se había orientado acerca del lugar en que había caído la otra espacionave. Pero el suelo firme se nos acabó muy pronto.

Se volvió a mirarme.

—Ahora empieza lo bueno, Chick.

—Será mejor ahorrar las palabras, Rogg— le contesté, y el hombrón se echó a reír. Se metió en el agua, tanteando el suelo con el pie a cada paso, y yo procuré asentar los míos en los lugares donde él había pisado con anterioridad.

Empecé a sudar, Goria podía estar alejado de los soles de la Nebulosa, pero la fermentación de los pantanos hacia subir la temperatura hasta límites inconcebibles. El agua estaba asimismo muy caliente, y de vez en cuando, violentas burbujas explotaban a nuestro lado, cubriéndonos de arriba abajo con aquel pestilente fango semilíquido, del que no había medio alguno de librarse.

Llevaríamos cinco minutos escasos de una penosa marcha, durante la cual, embarazados por el fangal y por las numerosas plantas que nos cerraban el paso, y que nos veamos obligados a cortar con frecuentes tajos de nuestra espada, cuando, de pronto, oímos a nuestras espaldas un grito aterrador.

El alarido, infrahumano, me sobresaltó. Me volví rápidamente, pero más veloz todavía fue Rogg, quien retrocediendo un par de pasos, levantó la espada.

El grito había podido ser impresionante, pero el animal, aun siendo espantoso de por sí en su horrible aspecto, no tenía nada de atemorizador. Era una especie de serpiente acuática, no mayor que las que se suelen ver en las Everglades de la Florida, pero con la particularidad de tener, cerca de la cabeza, una especie de abultamiento esférico de descomunal tamaño, triple del de una pelota de fútbol. El grito se repitió, atormentándome los oídos, pero se rompió en un hediondo bufido cuando mi compañero pinchó aquella pelota. Ésta se deshinchó en un instante, y el reptil desapareció bajo las aguas, tras algunos agónicos coletazos.

—Ése ya está listo — rio.

—¿Es… es venenoso? — pregunté.

—No mortal, pero sí muy molesta su picadura. Esos gritos los profieren ayudándose con la bolsa de aire que tiene, y más que nada es un medio de defensa intimidatoria. Pero, sigamos; ese bicho ya no nos molestará más.

Continuamos caminando. De cuando en cuando emergíamos hasta que nuestros pies salían a la superficie, en tanto que, en otras ocasiones nos veíamos poco menos que con el barrillo hasta las cejas. Pero, cuando ya desesperaba de hallar la espacionave, Rogg

lanzó un grito.

—¡Mírala, Chick! ¡Allí están!

Un turbión de vapores se arremolinó ante nuestros ojos, ocultándonos por completo la visión, Una ráfaga de aire deshizo la inoportuna niebla, y ello nos permitió ver la mole del aparato, inclinada hacia un lado, en un equilibrio que tenía muy poco de estable. Los tubos estaban agrietados y quemados, sin duda por alguna explosión, lo que le hizo prorrumpir a Rogg en denuestos, dirigidos contra la incapacidad de padre e hijo como astropilotos.

Corrimos hacia allí, ya en terreno relativamente sólido. Con el corazón a punto de saltárseme del pecho, empecé la ascensión, seguido por el orionita. Pero, una vez arriba, la más amarga decepción invadió mi espíritu.

—No están — gemí, abatido ya del todo.

Rogg so mordió los labios.

—¡Estúpidos! —dijo—: ¿A quién se le ocurre abandonar este refugio?

Durante un momento permanecimos allí, en absoluto silencio, sin saber, yo por lo menos, qué hacer. Pero, de pronto, una brusca sospecha invadió mi mente.

Me puse en pie de un salto y comuniqué a Rogg mis temores. Los ojos del orionita se abrieron desmesuradamente.

—¡Rayos, si! ¡Estaría bueno que…! ¡Corramos, Chick; de lo contrario, ese par de tipos nos la van a jugar de puño!

Estábamos ya a la vista de nuestra nave, oculta en ocasiones por los insistentes vapores de las ciénagas, cuando mis temores se vieron confirmados. Thars y su hijo nos habían detectado, suponiéndose que nadie sino yo podía ir en rescate de su Alteza, y nos habían preparado aquella encerrona. Una vez se dieron cuenta de que habíamos aterrizado, el abandonar su punto de aterrizaje con la Princesa, siguiendo una ruta distinta a la nuestra, había sido cosa relativamente sencilla.

—¡De prisa, de prisa! — grité, viendo que ellos ya estaban en suelo firme y corrían que se las pelaban hacia la espacionave que les llevaría a la salvación.

La llevaban entre los dos, y me di cuenta de que estaba amordazada. Esto me dijo claramente que con ello habían impedido sus gritos, con los que podría habernos guiado. No obstante, eran

dos hombres ambos fuertes y robustos, y los esfuerzos de la Princesa fueron anulados rápidamente.

De pronto, Thurms obró de una manera muy rara. Soltó a Iridya y echó a correr hacia la espacionave, ya a corta distancia suya. Su padre le imitó, arrojando a un lado a su Alteza, quien cayó al suelo al bordo del fangal.

Antes de que pudiera preguntarme por las causas de tan inopinada decisión, un terrorífico bramido sacudió la atmósfera. La sangre se me heló en las venas al reconocer la siniestra voz del dhreg.

El animal surgió de pronto hacia nuestra izquierda, galopando raudamente, y haciendo temblar el suelo con el óctuple impacto de sus colosales patas, que levantaban pestíferas cascadas de fangosas espumas. Agitando amenazadoramente su larguísimo cuello se encaminó en derechura hacía Iridya, quien, inmovilizada por sus ligaduras, no podía hacer nada para salvarse.

Por otra parte, ella, Rogg y yo corríamos el riesgo de ser muertos instantáneamente por la deflagración de los gases al arrancar la nave de la superficie de Goria… puesto que Thars y su hijo estaban ya a punto de llegar a la compuerta de entrada No me quedaba más que un recurso que utilizar, y le hice.

Levanté la mano armada con la pistola neurónica. Apreté el pulsador y envié descarga tras descarga, dirigida a los cuerpos de aquella pareja de forajidos.

Thars y Thurms se estremecieron y chillaron horriblemente al sentirse sacudidos por los latigazos que les atormentaban el sistema nervioso. Gritando como condenados, soltaron los asideros a los que se sujetaban y se desplomaron al suelo, cayendo a pocos metros de las ávidas fauces del dhreg.

Esto era la primera parte de mi plan. El animal, desviada la atención por los nuevos platos que se le ofrecían, frenó casi en seco.

Thars y su hijo, aun en medio de, los dolores que padecían, se dieron cuenta de la horrible suerte que les aguardaba. Chillaron agudamente cuando vieron inclinarse sobre ellos la espantosa cabezota de la bestia octópoda, casi doble en tamaño a la que yo matara en el foso del palacio de Tharsia, pero sus gritos fueron acallados casi al instante cuando aquellas poderosas mandíbulas trituraron sus cuerpos de espeluznante manera. No me gustan los

detalles morbosos, pero aquello superó de largo a cuanto he visto hasta ahora.

Pero, sin embargo, la fiera no había hecho más que tomar el aperitivo. Con las mandíbulas chorreantes de roja sangre, se encaminó hacia Iridya, dispuesto a repetir con la Princesa, la para el dhreg, sabrosa suerte. Y yo no me tiré de los pelos porque llevaba puesto el casco, pero poco me faltó.

No tenía tiempo de llegar hasta el dhreg y saltar, como la vez anterior, hasta su cuello. Además de que ahora estaba en una posición desfavorable para mí; el espacio que me separaba de la bestia era demasiado grande para que yo lo pudiera recorrer con probabilidades de éxito. Desesperado, sin saber lo que me hacía, obrando más por puro instinto que por auténtica conciencia de lo que, me hacía, disparé la pistola neurónica.

Ante mi asombro y mi estupefacción, el bicho se paró en seco, bramando aterradoramente. Agitó la cabezota en todas direcciones, y se husmeó los flancos como si hubiera recibido en ellos alguna grave herida.

Al fin, rendido el animal, fustigado por aquella arma cuyo poder le vencía, sacudido por espasmódicos temblores, dio media vuelta y se alejó trompeteando sonoramente. Y yo, la verdad, estuve a punto de dejarme caer al suelo.

No perdimos tiempo en efusiones allí, en el suelo de Goria. Hasta que la espacionave, conducida con suma habilidad por Rogg, no se halló en órbita libre, ni Iridya ni yo cruzamos una sola palabra.

—¿Cómo podré pagarte cuanto has hecho por mí, Chick? —dijo, con aquella voz que con tan cálidos acentos resonaban en mi interior.

Mis labios temblaron y a punto estuve de dejar escapar el secreto que me consumía. Nos miramos fijamente y sé que, de haberlo querido, ella hubiera caído en mis brazos. Pero, haciendo un soberanoesfuerzo sobre mí, retrocedí un paso.

Me incliné, haciendo una profunda reverencia.

—Con vuestra amistad — repuse—, me considero suficientemente pagado, Alteza. Me habéis hecho duque de Sirio…

—Mi padre confirmará el título — dijo ella vivamente, anhelosa.

—Gracias, Alteza. ¿A qué más podía aspirar un humilde terrícola

que a conseguir vuestra amistad?

Iridya me miró. Sus labios temblaron y sus ojos se llenaron de lágrimas. Estoy seguro que sólo esperaba una palabra mía para contestar afirmativamente… pero yo no pronuncié tal palabra.

* * *

Unos meses más tarde, estaba de nuevo en mi casa de Centrópolis, contemplando el extenso panorama rural, de sin par belleza, que se extendía ante mis ojos. Un mundo así, como la nuestra vieja y amada Tierra, detestada y odiada a veces, pero siempre deseada, era lo que yo quería. Había frígidos inviernos y ardorosos veranos; pero también había fragantes primaveras y dorados otoños.

Alguien entró súbitamente, pero muy despacio, como si temiera romper con el ruido de sus altos tacones el encanto de aquella radiante, mañana.

—Hola, Chick.

—Hola, Kathy.

No dijimos más, de momento. Ella no me importunó y yo se lo agradecí.

Sin embargo, al cabo de unos minutos, decidí que tenía que hacer algo; algo que había temido siempre desde que me separara de Iridya, y que, en cierto modo, yo consideraba como mi obligación.

—Kathy…

—¿Qué, Chick?

—¿Cuándo nos casamos?

—¿Tienes prisa, Chick?

—Yo… Te he entretenido demasiado y creo que ya es hora de que…

—Déjalo por ahora, Chick, ¿quieres?

Salí de mi estatismo, y volví el rostro, muy sorprendido.

—¡Kathy! — exclamé, y no pude seguir hablando más, porque una tropa de gente, con «Barrabás» a la cabeza, se me metió en la casa. No sé cómo, pero vi que el rostro de Kathy enrojecía violentamente, cosa que luego hube de explicarme.

Junto a «Barrabás» venia un hombre: Azhir, el primo de la

Princesa. Cuatro hombres más, sirianos y de elevada condición a juzgar por sus insignias y vestimentas, le escoltaban. Azhir traía en la mano un enorme rollo de papel.

Dejó que «Barrabás» fuera quien empezara a hablar.

—Chick —dijo, tras los primeros saludos—, su Alteza Azhir, Jefe de la Guardia Imperial de la Confederación de Sirio trae en la mano una declaración de guerra contra nuestro planeta.

—¿Por qué? ¿Qué le hemos hecho nosotros? Y, además, ¿por qué vienen a contármelo a mí?

—Porque tú eres el único que puedes evitar tal conflagración y salvar la Tierra, Chick.

—¿Yo? Vamos, jefe, no me haga reír. ¿En qué se apoyan estos…?

«Barrabás» se volvió hacia Azhir,

—Alteza, ¿queréis decirlo?

— Sí, gracias mister Corlin —repuso, dando a «Barrabás» su auténtico nombre. Luego volvió sus ojos claros hacia mí—. Los motivos de la declaración de guerra, son sencillos: un terrestre se niega a casarse con una mujer de la Confederación.

—Bueno — dije —; supongo que cada uno es libre de casarse con quien le dé la gana, ¿no? De todas formas, que, los casen a la fuerza. Por mí…

— Ella dice que sólo accederá si él va voluntario al matrimonio.

—¿Y qué más? — estallé ¿Qué diablos tengo yo que ver con todo eso? ¿Es que, no me pueden dejar en paz?

Señor Dugan… usted tiene que ver mucho con cuanto acabo de mencionar, porque usted es el terrestre que se niega a casarse con una compatriota nuestra.

—Yo no conozco más que a una siriana y estoy muy lejos de ella — dije, empezando a temblar.

Azhir sonrió de una manera peculiar.

—Por el contrario — dijo—, creo que jamás habéis estado tan cerca de ella. Su Imperial Majestad Oryus os ha confirmado, no solamente el título que su hija os concedía, como Duque de Sirio, sino que además os ha elevado a la categoría de Príncipe de la Confederación con derecho a sucesión… siempre que os caséis con mi prima Iridya.

Me derrumbé en un sillón como fulminado por un rayo.

—No… no es posible… balbucí—. Es un sueño… una pesadilla…

—¿Queréis la confirmación de cuanto os he, dicho? — murmuró Azhir, y sin apartar los ojos de mi hizo una señal.

Los cuatro sirianos se echaron a un lado, dejando el camino de la puerta expedito. Y en el umbral apareció Iridya.

Avanzó muy despacio hacia mí.

—¿Creerás lo que has oído si te lo confirmo yo, querido? — me dijo, con su voz más dulce.

Iridya se colgó a mi cuello y ya no vi más. Es decir, sí, pero fue una visión fugacísima. Azhir habla rodeado con su brazo el talle de Kathy y los dos se encaminaban, las cabezas muy juntas, precedidos de los cuatro nobles, hacia la puerta.

Lo último que oí, antes de sumirme en la eterna felicidad, fue la voz de «Barrabás», convertida en un gruñido.

—Así cualquiera evita las guerras…



ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

32. Retorno al paraíso — *Louis G. Milk*
33. Desgravitación — *S.S. Kent*
34. Los fito-venusianos — *H.S. Thels*
35. El viajero de Saturno — *Austin Tower*
36. Una lápida en la Luna — *Clark Carrados*
37. El planeta desconocido — *Peter Barton*
38. No hay marcianos — *Clark Carrados*
39. Macro-humanos de Júpiter — *Law Space*
40. ¡Llegan los marcianos! — *H.S. Thels*
41. Flecha al cénit — *S. S. Kent*
42. La astronave fantasma — *Law Space*
43. Guerra de universos — *H. S. Thels*
44. Peste de plata — *Clark Carrados*
45. Nosotros, los marcianos — *Law Space*
46. Volver A Empezar — *H. S. Thels*
47. ¡No Salgamos Al Espacio! — *Law Space*
48. Las blancas nubes de Venus — *Clark Carrados*
49. La tiranía de los "Robots" — *Law Space*
50. Intriga en el cosmos — *Red Arthur*
51. Ha nacido un satélite — *Clark Carrados*
52. Bajo la capa mortal — *S. S. Kent*
53. El pueblo oculto de Kon-Tiki — *Eduardo Texeira*
54. La palanca del tiempo — *Law Space*
55. Las estrellas nos atacan — *Clark Carrados*
56. Los esclavos de Silón — *Red Arthur*
57. Materia negativa — *H. S. Thels*
58. La pesadilla de los hipogeos — *Law Space*
59. ¡Se acaba la elíptica! — *H. S. Thels*
60. Una princesa de Sirio — *Clark Carrados*

Escena de **INVASION DE PLATILLOS VOLANTES**, de Columbia Films

Precio en España: **6.- ptas.** En Argentina: **4** pesos

Lit. Armengot.-Castellón

[1] El parsec es una medida astronómica que equivale a 3.26 años luz, es decir, unos treinta y un billones de kilómetros aproximadamente (N. del A.)